CUANDO NO HAY SENTENCIA.
UNA NOVELA
SALVADOR RANGEL ABUD

CUANDO NO HAY SENTENCIA

Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

Un instante. Una esquina anónima. Un autobús y una mujer que cruza. Doña Cornelia Solórzano cae en el asfalto de Monterrey y su muerte fractura el mundo en tres direcciones distintas.

Ubaldo, su hijo mayor, siente el fuego inmediato de la venganza: ese impulso ancestral que exige sangre por sangre, dolor por dolor. En su interior arde la convicción de que la única respuesta posible al agravio es hacer que el culpable sufra. No busca justicia, busca equilibrio mediante la destrucción.

Artemisa, la hija, deposita su fe en la balanza de la ley. Cree en los procedimientos, en las pruebas, en que el sistema puede ordenar el caos y entregar una sentencia justa. Para ella, la justicia no es venganza civilizada sino algo completamente distinto: la posibilidad de restaurar el orden mediante la razón.

Daniel, el esposo, se encuentra atrapado entre el dolor de la pérdida y una pregunta que no puede responder: ¿qué harías tú si descubrieras que el hombre que mató a tu esposa también es el padre de una niña inocente que necesita a su padre tanto como tú necesitabas a tu esposa?

Tres respuestas al mismo dolor. Tres caminos que nacen del mismo quiebre: venganza, justicia, perdón. Tres sombras que se rechazan mutuamente pero que comparten la misma raíz en el sufrimiento humano.

Y cuando finalmente se encuentran cara a cara con Adrián, el conductor del autobús que los dejó huérfanos de madre y esposa, descubren que ni la venganza, ni la justicia, ni el perdón pueden reparar lo perdido. Solo pueden definir quiénes serán después del desastre.

Una exploración descarnada sobre las tres respuestas fundamentales al agravio irreparable. Sobre ese momento en que una familia debe decidir qué elegir cuando ninguna de las opciones devuelve lo que se perdió. Sobre la fragilidad del perdón, la insuficiencia de la justicia y la seducción destructiva de la venganza.

Porque hay historias donde no hay sentencia que alcance. Solo decisiones sobre qué tipo de personas queremos ser frente a lo que no podemos resolver.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado**.** Su trabajo literario explora las zonas más complejas de la condición

humana: el perdón que parece imposible, la justicia que nunca es suficiente, la venganza que promete alivio pero solo entrega vacío.

Detalles de la publicación

Género: Ficción filosófica / Drama familiar / Novela de ideas

Idioma: Español

Año de publicación: 2025

Publicado en: Internet Archive

Nota del autor

CUANDO NO HAY SENTENCIA nació de una pregunta que me persigue desde hace años: ¿Qué hacemos cuando la vida nos fractura de manera irreparable y ninguna de las respuestas tradicionales —venganza, justicia, perdón— puede devolvernos lo que perdimos?

La venganza promete alivio mediante la simetría del dolor: si sufro, tú debes sufrir. Pero ese alivio es una ilusión. La justicia promete restauración mediante el orden racional: si se siguen los procedimientos correctos, la balanza se equilibrará. Pero esa restauración nunca es completa. El perdón promete liberación mediante la renuncia al agravio: si suelto el odio, podré vivir. Pero esa liberación parece contradecir nuestro instinto más básico de supervivencia.

Esta novela no busca responder cuál de las tres es "correcta". Busca mostrar que las tres son profundamente humanas, profundamente necesarias, y profundamente insuficientes.

A través de una familia destrozada por un accidente que no debió ocurrir, exploramos cómo cada persona elige una sombra diferente bajo la cual refugiarse. Y cómo, cuando finalmente se encuentran frente al hombre que causó su dolor, ninguno de ellos obtiene lo que esperaba.

Porque hay momentos en la vida donde no hay sentencia que alcance. Donde no hay veredicto que restaure. Donde no hay castigo que sane. Solo queda decidir qué clase de personas seremos frente a lo irreparable.

Esta es una historia sobre ese momento. Y sobre las tres respuestas que la humanidad ha dado siempre: quemar, medir o soltar.

Licencia

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Texto completo de la licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

© 2025 Salvador Rangel Abud

Todos los derechos reservados bajo los términos de la licencia CC BY-NC-ND 4.0

Palabras clave

Perdón, justicia, venganza, tres caminos, familia destrozada, accidente irreparable, Monterrey, dilema moral, respuestas al dolor, insuficiencia de la justicia, humanidad compartida, decisiones imposibles, consecuencias del agravio, transformación personal, pérdida y duelo

Temas principales

- Las tres respuestas fundamentales al agravio: venganza, justicia, perdón
- La familia como campo de batalla de principios opuestos
- La humanidad del agresor y la complejidad del perdón
- Los límites de la justicia institucional
- La seducción destructiva de la venganza
- El momento de elegir quiénes seremos después del desastre

Cómo citar esta obra

Rangel Abud, Salvador (2025). *CUANDO NO HAY SENTENCIA*. Internet Archive. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

ÍNDICE

PRÓLOGO: LAS TRES SOMBRAS

CAPÍTULO 1: EL ÚLTIMO DÍA DE DOÑA CORNELIA

CAPÍTULO 2: EL INSTANTE QUE ROMPE EL MUNDO

CAPÍTULO 3: LA NOTICIA: LOS TRES HIJOS DEL DOLOR

CAPÍTULO 4: LA OTRA ORILLA: ADRIÁN Y SU HIJA

CAPÍTULO 5: UBALDO: LA LÓGICA DEL FUEGO

CAPÍTULO 6: ARTEMISA: LA FE EN EL ORDEN

CAPÍTULO 7: DANIEL: EL PESO DE LA MEMORIA

CAPÍTULO 8: EL SECRETO DE LA NIÑA

CAPÍTULO 9: UBALDO SE DESCARRÍA

CAPÍTULO 10: ARTEMISA EN LA BALANZA

CAPÍTULO 11: DANIEL Y EL PERDÓN: EL PUNTO DE QUIEBRE

CAPÍTULO 12: CONFLUENCIA: TRES CAMINOS, UNA SOLA VERDAD

EPÍLOGO: PERDÓN Y JUSTICIA…NO VENGANZA

PRÓLOGO

Las tres sombras

En el principio no hubo una palabra única para nombrarlo. Algunos lo llamaron memoria del agravio; otros, destino; otros, simplemente, la voz que despierta cuando el mundo se fractura sin previo aviso. En los pueblos antiguos, cuando un daño irrumpía como un trueno desgarrando la quietud de la vida cotidiana, surgían los viejos impulsos de reclamar la parte arrancada del alma: la venganza se alzaba como un fuego que exigía arder en el pecho de alguien. No era justicia ni juicio, sino un instinto que reclamaba equilibrio por su propio peso, una fuerza primitiva que habitaba en lo más hondo de la naturaleza humana, esperando su momento para manifestarse.

No se trataba de una emoción simple ni de un capricho pasajero. La venganza era

—y sigue siendo— una respuesta visceral ante la percepción de que el orden del mundo ha sido violentado de manera intolerable. Cuando alguien arrebataba una vida, cuando se quebraba un lazo sagrado, cuando la injusticia caía sobre los inocentes, algo dentro del ser humano exigía restauración. Pero esa restauración no buscaba necesariamente la armonía; buscaba la simetría del daño. *Ojo por ojo*, decían las leyes más antiguas. Y en esa simetría había una lógica brutal pero comprensible: si el mundo te ha quitado algo, tú debes quitarle algo al mundo, o al menos a quien consideres responsable.

Durante milenios, esa fue la única respuesta conocida. Las sociedades se organizaban en torno a códigos de honor, sistemas de venganza familiar, ciclos interminables de retribución que podían extenderse por generaciones. Un hombre mataba a otro y su familia debía vengar esa muerte. La familia del vengador, a su vez, tenía derecho —casi obligación — de responder. Y así el fuego se alimentaba a sí mismo, devorando vidas, destruyendo linajes, convirtiendo la memoria en una cadena de hierro que ataba a los vivos con los muertos.

Pero llegó un momento en que los sabios, los legisladores, los filósofos comprendieron que la venganza, aunque natural, era también destructiva. Que si cada agravio debía responderse con otro agravio, la civilización misma sería imposible. Entonces se erigieron muros, se escribieron códigos, se instituyeron voces que pretendían hablar por todos. A eso lo llamaron justicia, con la esperanza de que la ley pudiera contener el temblor del corazón humano, domesticarlo, ordenarlo dentro de estructuras racionales y predecibles.

La justicia, en teoría, era diferente. No buscaba la satisfacción emocional del agraviado, sino el equilibrio social. No respondía al impulso, sino al análisis. No actuaba en caliente, sino en frío, tras deliberaciones, pruebas, testimonios. La justicia prometía algo que la venganza nunca podía ofrecer: legitimidad. Cuando la sociedad castigaba a un culpable, no lo hacía movida por la rabia de una persona, sino por la convicción colectiva de que ciertos actos debían tener consecuencias. Era, en esencia, venganza civilizada, venganza contenida dentro de normas,

venganza que se consideraba a sí misma superior por no estar contaminada por la pasión individual.

Y aun así, cada vez que un alma era herida, la justicia necesitaba ser más que una palabra: debía ser una balanza que no temblara. Debía pesar con exactitud la gravedad del daño, la intención del causante, las circunstancias que rodeaban el hecho. Debía distinguir entre el accidente y el crimen, entre la negligencia y la malicia, entre el error humano y la voluntad destructiva. Y en esa distinción residía su mayor fortaleza, pero también su debilidad fundamental: porque la vida rara vez es tan clara como las leyes pretenden. Los hechos se mezclan con percepciones, las intenciones permanecen ocultas, los testimonios se contradicen, y lo que parecía evidente se vuelve turbio bajo el escrutinio.

Sin embargo, en medio de ambas fuerzas —una que quería arder y otra que buscaba medir— existía otra presencia, más silenciosa y casi siempre incomprendida. Un tercer vértice, esquivo y luminoso, al que nadie recurría sin antes haber atravesado un desierto interior que transformaba por completo la percepción del daño sufrido. El perdón. No nacido del deber ni del instinto, sino de algo más profundo: la renuncia a seguir alimentando el vacío que la pérdida había dejado. Un gesto que no borraba el daño, que no justificaba el acto que lo causó, pero que podía modificar radicalmente la forma en que ese daño habitaba en el herido.

El perdón era, de las tres fuerzas, la más extraña y paradójica. Porque parecía contradecir la lógica elemental de la supervivencia. ¿Por qué habría alguien de renunciar a la satisfacción de ver castigado al culpable? ¿Por qué debería alguien soltar la rabia que, al menos, le daba un sentido de agencia, de no ser simplemente una víctima pasiva? El perdón no ofrecía justificaciones fáciles. No prometía que perdonar haría que el dolor desapareciera. No garantizaba que el culpable se arrepintiera o cambiara. De hecho, el perdón auténtico no dependía en absoluto de la respuesta del otro. Era, ante todo, un acto solitario, una decisión íntima de no permitir que el agravio siguiera definiendo la totalidad de la existencia.

Y sin embargo, quienes lo alcanzaban —si es que "alcanzar" era la palabra correcta— descubrían algo inesperado: el perdón no era debilidad, sino una forma de fuerza distinta. No era olvido, sino memoria transformada. No era resignación, sino liberación. Porque mientras la venganza ataba al vengador con su enemigo en un abrazo mortal, y mientras la justicia mantenía al agraviado en un estado de espera perpetua por una sentencia que quizás nunca llegaría o nunca sería suficiente, el perdón ofrecía la única salida verdadera del laberinto del dolor.

Tres fuerzas, entonces. Tres formas de responder al quiebre del mundo. Y ninguna de ellas sabía coexistir del todo con las otras. Algunas veces coincidían como ríos que confluyen en un mismo delta, y entonces la historia parecía hallar un cauce previsible. Pero otras veces se repelían como imanes antiguos, condenados a nunca tocarse aunque compartieran la misma raíz en el sufrimiento humano. La venganza negaba la paciencia de la justicia. La justicia desconfiaba de la irracionalidad de la venganza. El perdón escandalizaba a ambas con su aparente rendición ante lo imperdonable.

Y sin embargo, siempre estaban ahí, agazapadas, como sombras que se activan cuando una vida se desmorona. Tres vértices de una figura geométrica que muy pocos pueden distinguir antes de quedar atrapados en su diseño inexorable.

Porque la venganza no siempre nace rabiosa; a veces brota como un susurro tierno, casi paternal: "Haz algo. No permitas que todo termine así. No dejes que la memoria de quien amabas se diluya en el olvido o en la indiferencia del sistema". Puede disfrazarse de dignidad, de amor filial, de lealtad inquebrantable. Puede convencerse a sí misma de que no busca destruir, sino restaurar; de que el acto de venganza no es crueldad, sino justicia verdadera, esa que el Estado ha sido incapaz de proveer.

La justicia, por su parte, no siempre es fría y calculadora; a veces late con un fervor casi religioso, queriendo que la verdad se ilumine aunque duela, aunque revele grietas en el relato que preferíamos mantener intacto. Quienes la buscan pueden hacerlo con una pasión que rivaliza con la del vengador, solo que canalizan esa pasión a través de códigos, procedimientos, apelaciones. Creen —necesitan creer— que existe un camino racional hacia la restauración del orden; que si se siguen los pasos correctos, si se reúnen las pruebas adecuadas, si se presentan los argumentos precisos, entonces la balanza se inclinará hacia donde debe inclinarse.

Y el perdón, esa fuerza silenciosa, no siempre es misericordia pura; a veces es cansancio; otras veces, sabiduría adquirida tras mucho sufrimiento; otras, simplemente la necesidad imperiosa de no caer en el mismo abismo que tragó a quien ya no podrá volver. Hay quienes perdonan porque han comprendido la fragilidad compartida de la condición humana. Hay quienes perdonan porque la alternativa —vivir en un estado permanente de odio— les resulta más insoportable que el dolor de la pérdida. Y hay quienes perdonan porque han visto, en la mirada del causante del daño, algo que les recuerda su propia humanidad, su propia capacidad para el error.

Pero hay un momento, siempre, en que las tres fuerzas se encuentran en el mismo punto del tiempo y del espacio. No se anuncian con fanfarrias, no discuten entre sí en términos abstractos: simplemente confluyen en el corazón de quienes han sido heridos. Y quienes quedan en medio deben decidir sin saber que deciden, sin entender que cada paso que dan, cada palabra que pronuncian, cada pensamiento que alimentan, los mueve hacia una de esas sombras o los aleja de las otras para siempre.

Porque cuando la vida se quiebra, nadie sabe de inmediato si busca restaurar el orden del mundo, aliviar el propio dolor o liberar algo que la justicia y la venganza jamás podrán tocar. Nadie lo sabe. Ni siquiera quienes creen saberlo con absoluta certeza.

Y así ocurre, una y otra vez, en cualquier historia donde el amor se rompe de golpe y sin aviso. Hay quienes corren tras el culpable, como si ese acto pudiera devolver lo perdido, como si la captura, el castigo, la destrucción del causante pudieran llenar el vacío que la ausencia ha dejado. Hay quienes exigen que la balanza se incline en el lugar exacto donde la ley lo determina, confiando en que el veredicto correcto traerá algo parecido a la

paz. Hay quienes cierran los ojos, no por resignación cobarde, sino porque comprenden —o intuyen— que nombrar al culpable,

castigarlo, verlo sufrir no cura ninguna herida, solo añade más dolor a un mundo ya demasiado doloroso.

Pero lo cierto es que nadie escoge con plena conciencia la sombra bajo la cual se refugiará cuando el desastre lo alcance. La sombra los escoge a ellos. Los toma por el hombro cuando menos lo esperan, por la memoria cuando duermen, por la rabia cuando despiertan, por la comprensión cuando están más vulnerables, por el cansancio cuando ya no pueden más. Y de pronto, sin previo aviso, sin haber tomado una decisión formal, ya están caminando en una dirección que se vuelve cada vez más difícil de revertir, cada vez más definitoria de quiénes son y quiénes serán.

Tres caminos, entonces. Tres destinos posibles que alguna vez fueron uno solo, cuando la vida todavía estaba intacta, cuando el mundo aún no se había partido en dos. Tres vértices que se tocarán, se enfrentarán, se negarán mutuamente, se traicionarán en nombre de principios que cada uno considera sagrados. Porque en toda historia donde la muerte irrumpe sin ser invitada, no basta con saber quién ha caído: importa, y mucho, saber qué despierta en los que quedan vivos; qué monstruos o qué ángeles emergen de las profundidades del alma cuando el dolor se vuelve insoportable.

Y hay familias en las que un solo golpe del destino revela todas las sombras al mismo tiempo, como si el universo hubiera decidido convertir un hogar en laboratorio de las pasiones humanas más extremas.

Una madre, un instante, una calle cualquiera de una ciudad que no se detiene nunca. Un hombre al volante de un autobús, con la mente quizás en sus propias preocupaciones, quizás simplemente en piloto automático después de horas de trabajo. Un cruce sin señales adecuadas, una intersección que todos cruzan todos los días sin pensar demasiado en el peligro latente. Un movimiento que nadie podrá reconstruir fielmente, porque los testigos solo vieron fragmentos, porque la memoria es engañosa, porque el tiempo se distorsiona cuando algo terrible está a punto de ocurrir.

Un cuerpo que cae. Y alrededor, tres corazones que comienzan a latir en direcciones opuestas sin siquiera saber que ese latido diferenciado marcará su destino para siempre.

A partir de ese momento, la venganza exigirá su ardor, la justicia demandará su orden meticuloso y el perdón abrirá una puerta que casi nadie se atreve a cruzar, porque hacerlo implica renunciar a certezas que parecían inquebrantables.

Pero por ahora, antes de que el mundo se quiebre para ellos de manera irreversible, antes de que una esquina anónima cambie para siempre el curso de sus vidas, los tres viven bajo el mismo techo, comparten la misma mesa, respiran el mismo aire, sin imaginar que pronto serán guiados por sombras completamente distintas, sombras que los separarán incluso mientras permanecen físicamente juntos.

La historia aún no comienza. La herida aún no existe. El vértice aún no ha sido trazado con la sangre de la pérdida.

Y sin embargo, las sombras ya están ahí, esperando con la paciencia de lo

inevitable.

CAPÍTULO 1

El último día de Doña Cornelia

Amaneció más temprano de lo habitual para doña Cornelia Solórzano de Algeciras, no porque el sol hubiera decidido asomarse antes por entre los cerros que flanquean Monterrey, sino porque la inquietud que llevaba días habitándole el pecho la sacó del sueño mucho antes de que el despertador marcara las seis. Una inquietud vaga, sin rostro definido, como esas sombras que se deslizan por la memoria sin anunciar su intención, sin explicar su origen. Se sentó en el borde de la cama con la respiración un poco agitada y los pies colgando, descalzos, tocando apenas el frescor del piso de mosaico que siempre estaba frío por las mañanas, sin importar la estación del año.

A su lado, Daniel todavía dormía profundamente, con el brazo extendido hacia el sitio que ella acababa de dejar, como si incluso en sueños buscara mantener el contacto. Ella lo observó un instante, no con ternura exactamente, sino con una mezcla compleja de costumbre y leve impaciencia, una impaciencia que no tenía que ver con él, sino con el día mismo, con esa sensación inexplicable de que algo estaba fuera de lugar, de que el universo se había desacomodado ligeramente durante la noche.

El despertador sonó tres minutos después, como una ironía doméstica, confirmando que el tiempo oficial del día había llegado aunque ella ya llevara varios minutos despierta. Lo apagó con un gesto brusco, más brusco de lo necesario, y se levantó por fin. Caminó hacia el baño sin encender la luz, confiando en la memoria de sus pasos, en el conocimiento acumulado de cada centímetro de esa casa que había habitado durante más de veinte años. Era una mujer de costumbres estrictas, que encontraba serenidad en la repetición de los actos cotidianos, en la certeza de que cada mañana seguiría el mismo patrón que la anterior.

El cepillado del cabello, cincuenta pasadas exactas, ni una más ni una menos. El agua fría en el rostro, tres palmadas suaves para despertar la piel. La revisión del pequeño lunar que tenía cerca de la sien izquierda y que siempre vigilaba como si fuera un enemigo potencial, como si esperara que en cualquier momento cambiara de forma o color. Todo eso la ponía, de algún modo, en el mundo. La anclaba a la realidad tangible. Pero aquella mañana sintió que ninguna de esas rutinas era suficiente para devolverle el equilibrio que parecía haberse extraviado durante el sueño.

Al salir del baño, se cruzó con su propia mirada en el espejo del pasillo. Allí se detuvo, no por vanidad —la vanidad había dejado de interesarle hacía años—, sino porque buscaba un indicio, una clave que explicara el desacomodo interno que sentía. Era difícil precisarlo: tal vez era cansancio acumulado, el resultado de semanas de trabajo intenso en la escuela; tal vez la presión de las últimas semanas, con padres quejándose de su severidad, con colegas sugiriendo que debía adaptarse a los nuevos tiempos; tal vez, simplemente, la edad que empezaba a manifestarse en pequeños gestos, en leves dolores matutinos, en un humor más susceptible a las irritaciones menores.

A sus sesenta años, Cornelia era una mujer fuerte, recia, de palabras secas y decisiones rápidas, alguien que no se dejaba arrastrar por sentimentalismos ni por las modas pedagógicas que llegaban y se iban con cada generación. Pero en los últimos tiempos había comenzado a sentir que la vida ya no la obedecía con la misma docilidad de antes. Había un desajuste sutil entre su voluntad y el mundo, como si este último se hubiera vuelto más resbaladizo, más difícil de asir.

Bajó a la cocina. El sonido de los escalones bajo sus pies parecía más hueco, más frío que otras mañanas. Encendió la cafetera y se quedó de pie, observando cómo el vapor comenzaba a elevarse lentamente, formando espirales que se disolvían en el aire. Le gustaba tener unos minutos de silencio antes de que el resto de la casa despertara, antes de que comenzara la sinfonía diaria de voces, demandas, conversaciones.

Ubaldo, con su energía desbordada, que últimamente parecía más bien una energía oscurecida por el desengaño amoroso. Artemisa, con sus silencios reflexivos que a veces resultaban desconcertantes, con esa capacidad suya para procesar el mundo de manera tan diferente a como ella misma lo procesaba. Daniel, con su calma soñadora que Cornelia nunca había terminado de entender del todo. Cada uno tenía su propio modo de ocupar el espacio familiar. Ella, en cambio, lo llenaba todo con una autoridad que había ejercido durante años, una autoridad que rara vez era cuestionada abiertamente, aunque tampoco siempre era comprendida o apreciada.

Mientras esperaba el café, recordó la carta que todavía no había contestado, la de la madre de una de sus alumnas que se quejaba por la severidad con que Cornelia había reprendido a la niña por no entregar una tarea. La carta estaba llena de frases como "métodos anticuados", "falta de empatía", "trauma emocional". Cornelia había leído aquellas palabras con una mezcla de incredulidad y fastidio. ¿Trauma emocional por una reprimenda merecida? ¿Cuándo se había vuelto el mundo tan frágil?

Recordó también los comentarios de algunos colegas que sugerían que debía suavizar su estilo, adaptarse a los tiempos, ser más comprensiva con las dificultades de los niños. Cornelia había escuchado esas opiniones con el ceño fruncido, sintiendo que la pedagogía se estaba convirtiendo en una suerte de concesión permanente, en un ejercicio de complacer en lugar de educar. No compartía esa visión. Para ella, enseñar era un acto de firmeza, no de complacencia. Los niños necesitaban estructura, disciplina, expectativas claras. No necesitaban que se les dijera constantemente que eran especiales y maravillosos; necesitaban que se les enseñara a serlo mediante el esfuerzo y la dedicación.

El aroma del café comenzó a llenar la cocina, ese olor reconfortante que marcaba el inicio verdadero del día. Fue entonces cuando se abrió la puerta del pasillo y apareció Artemisa, descalza como ella, con el cabello recogido en un moño improvisado y un libro bajo el brazo. Su hija tenía aquella expresión entre soñadora y disciplinada que siempre la había desconcertado. Artemisa era capaz de pasar horas en silencio, perdida en sus pensamientos o en alguna reflexión que luego convertía en palabras precisas, casi quirúrgicas, cuando finalmente decidía compartirlas.

—¿Ya estás despierta, mamá? —preguntó con suavidad.

—No me pude volver a dormir —respondió Cornelia sin voltear del todo, sirviendo café en dos tazas.

Artemisa dejó el libro sobre la mesa y se sirvió una taza de café. Tomó asiento, observando a su madre con discreción, con esa capacidad suya para leer los estados de ánimo sin hacer preguntas invasivas.

—Te ves cansada —dijo finalmente.

—Estoy bien. Solo es un día más —respondió Cornelia, aunque su voz no sonaba del todo convincente.

Artemisa no insistió. Tenía la habilidad natural de saber cuándo un comentario podía tensar la línea invisible que unía sus emociones con las de su madre. Había aprendido, a lo largo de los años, que Cornelia no respondía bien a la compasión explícita. Prefería la firmeza, la normalidad, el ritmo cotidiano sin sobresaltos ni dramatismos.

A los pocos minutos bajó Ubaldo, arrastrando un ánimo pesado que contrastaba con su juventud. Tenía los ojos hinchados y un rastro casi imperceptible de enojo acumulado en el ceño, como si hubiera pasado la noche discutiendo con fantasmas o con recuerdos.

—Buenos días —murmuró, más como un cumplimiento de protocolo que como un saludo genuino.

—Buenos días —respondieron madre y hermana casi al mismo tiempo, con esa sincronía involuntaria que a veces ocurre entre personas que comparten espacio durante años.

Cornelia lo observó con detenimiento. Sabía que su reciente ruptura con la novia lo tenía descolocado, que su orgullo había sido herido y que esa herida no cicatrizaría pronto. Ella siempre había sentido una empatía profunda por su hijo mayor, quizá demasiada, quizá en detrimento de Artemisa, aunque nunca lo había admitido abiertamente. Pero no se arrepentía. Ubaldo necesitaba más contención, más guía, más atención. Artemisa sabía navegar sola, tenía esa fortaleza interior que Cornelia reconocía porque era similar a la suya propia.

—¿Dormiste? —preguntó Cornelia, con una gentileza reservada casi exclusivamente para él.

—No mucho —respondió Ubaldo, sirviéndose café con movimientos lentos, como si cada gesto requiriera un esfuerzo considerable.

Ella quiso decir algo más, algo que lo levantara del abatimiento, que le recordara que el dolor amoroso pasa, que la vida continúa. Pero no encontró las palabras adecuadas. En su lugar, dejó que el silencio se acomodara entre ellos, un silencio que Ubaldo aceptó sin protesta, hundiéndose en él como quien se hunde en un sofá demasiado blando.

Daniel apareció por fin, ya afeitado, con la camisa aún sin ajustar del todo, con esa apariencia de hombre que acaba de ganarle una pequeña batalla a la pereza matutina. Saludó a los tres con un beso en la cabeza y un gesto de cariño que le era tan natural como respirar.

—¿Listos para otro día? —dijo con una sonrisa tenue, tratando de inyectar algo de energía positiva en el ambiente.

Cornelia lo miró un instante. Había en su esposo una serenidad que a veces le parecía admirable y otras, francamente irritante. Él veía la vida como un río que debía fluir, no como un terreno que debía organizarse con reglas estrictas y expectativas claras. Eran diferentes en ese sentido, y esa diferencia había sido tanto la fuente de su complementariedad como de sus fricciones a lo largo de más de treinta años de matrimonio.

—Siempre estamos listos —respondió Cornelia, aunque en su interior una pequeña sombra de duda desmentía sus palabras.

Desayunaron juntos en un ambiente de aparente normalidad, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Los niños del vecindario ya jugaban en la calle; sus voces penetraban por las ventanas como recordatorio de que el mundo exterior seguía su curso. Un perro ladraba a lo lejos con insistencia. Una vecina barría la banqueta con el ritmo inquebrantable de todas las mañanas, ese ritmo que Cornelia encontraba reconfortante porque era predecible. Monterrey amanecía con su bullicio habitual, ese ruido constante que parecía recordarle a todos que la vida podía seguir adelante pese a cualquier turbulencia individual.

Al despedirse, Daniel le dio un beso suave a su esposa en la mejilla, un gesto tan rutinario que casi había perdido significado, aunque en realidad seguía siendo importante de maneras que ninguno de los dos podría explicar.

—No trabajes demasiado —dijo él, como decía casi todas las mañanas.

Cornelia esbozó una sonrisa apenas perceptible, más un gesto de cortesía que una expresión de alegría.

—No puedo prometerlo —contestó, como contestaba casi siempre.

Salió de la casa con su bolso colgado del hombro y una lista mental de pendientes que repasaba mientras caminaba hacia la escuela. A cada paso, el aire frío de la mañana le despejaba un poco la mente, disipando parcialmente esa inquietud que la había despertado temprano. Le gustaba aquel trayecto de diez minutos, le permitía ordenar sus prioridades antes de enfrentar el día, de sumergirse en el mundo de voces infantiles, tareas sin entregar, padres quejándose y colegas con sus miradas de desaprobación apenas disimulada.

En la entrada de la escuela, saludó a los colegas con un gesto firme pero sin detenerse a conversar. Los niños empezaban a llegar, algunos con mochilas más grandes que ellos, otros corriendo, otros siendo prácticamente arrastrados por padres apresurados. Entre la multitud distinguió a la hija de Adrián, una niña delgada, de mirada esquiva, que avanzaba lentamente hacia el aula como quien se dirige hacia algo que teme.

Cornelia la observó mientras avanzaba. Había algo en esa niña que le resultaba particularmente frustrante: esa fragilidad excesiva, esa incapacidad para concentrarse, esa forma de bajar la mirada cada vez que se le hacía una pregunta.

—Buenos días —dijo la maestra con voz neutra, sin inflexiones

especiales. La niña apenas levantó la mirada.

—Buenos días, maestra —respondió con un hilo de voz.

Cornelia percibió, como otras veces, un rastro de temor en aquella voz. Algo que ella atribuía a la timidez, al carácter retraído de la niña, a una sensibilidad quizás excesiva para el mundo real que tendría que enfrentar. No pensó en el impacto exacto de su severidad, ni en cómo su estilo de enseñanza podía ser interpretado desde ojos pequeños que veían en ella una figura de autoridad absoluta e implacable.

La mañana transcurrió entre clases, tareas, pequeñas reprimendas y explicaciones repetidas. Había un ritmo familiar en todo aquello, una coreografía conocida que Cornelia ejecutaba con la precisión de años de experiencia. Hacia el mediodía, una sensación de cansancio volvió a instalarse en su pecho. No era dolor, ni un síntoma claro de nada específico, solo un agotamiento que parecía venir desde muy atrás, acumulado durante años de mantener la firmeza, de no ceder, de sostener estándares que el mundo parecía empeñado en abandonar.

A la salida, decidió pasar por una tienda cercana para comprar algunos ingredientes faltantes para la comida. No quería llegar a casa sin cumplir con los pendientes que llevaba días posponiendo. Caminó por la banqueta, esquivando a los estudiantes que se agolpaban en la salida, esquivando también a algunos padres que la miraban con una mezcla de respeto y recelo. El sol había subido ya y comenzaba a calentar la piel, anticipando el calor que vendría por la tarde.

Cornelia avanzó hasta la esquina donde necesitaba cruzar. Era una intersección amplia, con tráfico constante, pero sin señalizaciones claras, sin semáforos que ordenaran el flujo de vehículos y peatones. Observó hacia ambos lados con la firmeza de quien confía en su capacidad para evaluar el peligro, en su experiencia de haber cruzado esa misma calle cientos de veces. Sintió una prisa inexplicable, una urgencia que no sabía bien de dónde venía. Quizá era simplemente hambre; quizá, el deseo de volver a casa antes que todos para adelantar algunas tareas domésticas. Quizá, sin saberlo, era el último impulso de una vida que estaba a punto de terminar.

Dio un paso hacia el borde de la acera. Luego otro.

Un autobús venía acercándose, pero Cornelia calculó que tenía tiempo suficiente para cruzar. No corrió. No dudó. No miró por segunda vez. Su mente estaba en otra parte, quizá ya en casa, quizá pensando en lo que cocinaría, quizá repasando alguna conversación pendiente con algún colega o con algún padre de familia.

El sonido del motor se hizo más cercano. Cornelia avanzó con paso decidido.

En ese instante exacto, antes de que el destino cayera sobre ella con todo su peso inevitable, un pensamiento fugaz atravesó su mente: la tarde sería larga, pero alcanzaría a hacer todo lo que tenía planeado.

Fue el último pensamiento que tuvo.

CAPÍTULO 2

El instante que rompe el mundo

A la hora en que el sol comenzaba a inclinarse hacia el poniente y la luz adquiría ese tono tibio y dorado que vuelve más lentos los movimientos de la ciudad, la avenida Juárez sostenía su ritmo habitual de tráfico denso, bocinazos intermitentes y conversaciones que se diluían entre motores, pasos apresurados y el rumor casi incesante de la vida urbana. Era un jueves cualquiera en Monterrey, un día como cualquier otro para la mayoría de los que caminaban o se desplazaban en el transporte público. Pero para tres personas en particular, para tres testigos de un instante que no olvidarían jamás, ese día marcaría un borde invisible entre el antes y el después.

El sol descendía en diagonal sobre la acera, proyectando sombras largas que se mezclaban con el polvo suspendido en el aire. El calor había cedido ligeramente, aunque el pavimento aún despedía un vaho tenue. Un autobús de la línea 212, conducido por Adrián Carmona Luján, avanzaba a una velocidad sostenida, sin excesos, sin pausas bruscas, siguiendo la línea recta como si el camino se abriera solo para él. Los pasajeros iban en su mayoría distraídos, cada uno hundido en sus propios pensamientos. Nadie hubiera podido anticipar que estaban a punto de convertirse en testigos de una muerte.

La primera perspectiva conocida de ese instante fue la de un pasajero, un hombre de unos cincuenta años que viajaba sentado junto a la ventana izquierda, a la mitad del autobús. Había tenido un día difícil en la oficina y prefería observar la calle sin pensar demasiado en nada. Su mente vagaba entre la necesidad de descanso y la lista de pendientes que aún debía resolver al llegar a casa. No veía a Cornelia aún, ni tenía conciencia de la intersección que se aproximaba; solo observaba el movimiento hipnótico de las fachadas, los negocios, los letreros que pasaban como un desfile repetitivo.

El hombre recordaría después haber escuchado un golpe leve en la parte delantera del autobús, similar al ruido que hace un objeto pequeño al impactar contra el metal. Entonces levantó la mirada con una mezcla de curiosidad y sobresalto, buscando una explicación lógica a ese sonido inesperado. No vio el cuerpo caer, no vio el momento exacto en que Cornelia fue alcanzada. Su memoria conservó únicamente la imagen del conductor moviéndose hacia adelante, como si instintivamente hubiera pisado el freno con retraso, seguido por un murmullo de inquietud entre los pasajeros. Una mujer gritó algo incoherente. Otro pasajero se levantó de golpe. La sensación general fue la de un sobresalto súbito, sin forma precisa.

La segunda perspectiva vino de un joven que caminaba por la banqueta en dirección opuesta al tránsito. Iba escuchando música en sus audífonos y, aunque tenía la vista hacia el frente, su atención estaba más centrada en el ritmo que en lo que ocurría a su alrededor. En algún momento, casi sin darse cuenta, se fijó en una mujer que avanzaba con paso firme hacia la esquina, apretando un bolso contra el cuerpo. No la observó con detalle; solo notó, como quien percibe un destello en el rabillo del ojo, que la mujer parecía decidida a cruzar antes de que los vehículos la obligaran a esperar.

Recordaría, más tarde, haber tenido la sensación de que ella no había mirado dos veces hacia la derecha. No estaba seguro. No podía afirmarlo.

Todo había ocurrido en un lapso tan breve que la memoria terminó mezclando lo visto con lo intuido. Sí

recordaba, en cambio, que al levantar la vista para observar el tráfico, vio el autobús aproximándose. No lo vio acelerar ni maniobrar de forma extraña. Simplemente avanzaba, regular, constante, como la mayoría de los autobuses a esa hora del día.

Lo siguiente fue un ruido seco, un impacto hueco seguido de un movimiento brusco del autobús hacia adelante. El joven se quitó los audífonos de inmediato, impulsado por un sobresalto que le recorrió la columna. Fue entonces cuando vio el cuerpo de una mujer caer hacia un costado, como una figura desarticulada que se desploma sin resistencia. El bolso salió despedido y quedó a unos metros de distancia. Algunos papeles volaron en el aire antes de caer lentamente sobre el pavimento. El joven sintió un nudo en el estómago, una mezcla de horror y desconcierto.

La tercera perspectiva perteneció al propio Adrián Carmona Luján. Para él, el instante tuvo un peso completamente distinto. Había iniciado su turno a las seis de la mañana y llevaba ya más de ocho horas conduciendo. El cansancio comenzaba a adormecerle los reflejos, pero no hasta el punto de comprometer el control del vehículo. O al menos eso se decía a sí mismo. Tenía la mente dividida entre el camino y las preocupaciones que llevaba semanas arrastrando: el comportamiento retraído de su hija, las quejas cada vez más silenciosas de la pequeña, la sensación de que algo en la escuela no estaba bien.

Adrián no había tenido tiempo de investigar el asunto. Le había preguntado a su hija en varias ocasiones por qué no quería ir a clase, por qué llegaba con los ojos enrojecidos. La niña se limitaba a bajar la mirada y murmurar que había fallado en una tarea o que la maestra se había enojado. Adrián sentía un malestar creciente, una mezcla de impotencia y rabia contenida que se acumulaba sin encontrar salida.

Ese día, mientras avanzaba por la avenida, pensaba precisamente en eso. Pensaba en la niña, en su fragilidad, en la forma en que la había encontrado llorando la noche anterior. Pensaba en la maestra, una mujer severa, estricta, imposible de descifrar. Y mientras su mente fluía entre esas preocupaciones, no vio a Cornelia hasta que estuvo demasiado cerca.

Recordaría después que la vio aparecer como un destello oscuro en la periferia de su visión. Una figura que se proyectaba de improviso desde la banqueta hacia el pavimento. No estaba seguro de si ella había corrido, si había acelerado el paso o si había avanzado con la misma firmeza de siempre. Solo vio un movimiento abrupto y, acto seguido, su propio pie pisó el freno con un impulso desesperado.

El sonido que siguió fue indescriptible. El golpe seco, el chirrido del metal, los gritos contenidos de los pasajeros. Adrián sintió un vacío en el pecho, un hueco insondable que se abrió de inmediato y que lo dejó inmóvil. Su mirada se quedó fija en el parabrisas, incapaz de procesar lo que acababa de ocurrir. Tenía las manos aferradas al volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

No sabría decir cuánto tiempo permaneció así. Tal vez fueron unos segundos, tal vez un minuto entero. El mundo parecía haber disminuido la velocidad sin detenerse por completo. Apenas escuchó los murmullos de los pasajeros, la voz de alguien que exclamaba que llamaran a una

ambulancia, el sonido distante de un auto frenando a pocos metros.

Cuando por fin logró moverse, bajó del autobús con pasos temblorosos. El aire de la calle le golpeó el rostro como una bofetada. El cuerpo de Cornelia estaba allí, tendido sobre el pavimento, sin movimiento. Un hilo de sangre corría desde su sien hacia el contorno del rostro. Sus ojos permanecían cerrados. La expresión era extrañamente serena, como si hubiera aceptado el impacto antes de que este ocurriera.

Adrián se llevó las manos a la cabeza, retrocedió un paso, luego otro. Abrió los labios para decir algo, pero ninguna palabra salió. Un murmullo de incredulidad recorría a los transeúntes, que se acercaban con cautela, como si temieran perturbar la escena.

—¿La conoces? —preguntó alguien detrás de él.

Adrián no respondió. El mundo parecía haber perdido su sentido.

Un policía llegó minutos después, seguido por una ambulancia que avanzó con lentitud entre los vehículos detenidos. Los paramédicos evaluaron el cuerpo en silencio. No hubo prisa, no hubo esfuerzos. La muerte estaba allí, firme, contundente. Uno de ellos cubrió el rostro de Cornelia con una sábana blanca. Era el gesto que sellaba la irreversibilidad del instante.

El policía tomó a Adrián del brazo y lo condujo hacia un costado, lejos del tumulto creciente.

—Necesito que me diga qué pasó —dijo con tono seco.

Adrián abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Sentía un temblor en las manos que no podía controlar. Sus ojos recorrían una y otra vez la figura cubierta en el suelo.

—No… no la vi —logró murmurar al fin—. No sé… no sé qué pasó.

El policía lo observó con una mezcla de sospecha y rutina profesional. No era la primera vez que presenciaba un accidente fatal. Pero algo en la expresión de Adrián, en su desconcierto absoluto, le hizo dudar de si estaba ante un culpable, un irresponsable o simplemente un hombre atrapado en un destino que no pidió.

Mientras tanto, los pasajeros comenzaron a descender del autobús. Algunos evitaban mirar hacia el cuerpo. Otros lo hacían con una mezcla de curiosidad y horror. Uno de ellos, la mujer que había gritado al sentir el impacto, se llevó las manos al rostro al ver la escena completa. El joven de los audífonos permaneció a unos metros de distancia, incapaz de acercarse más.

—Fue muy rápido —murmuraba, como si intentara convencerse a sí mismo.

Otro pasajero, un hombre de rostro severo, afirmaba que el conductor venía distraído. Que quizá iba pensando en otra cosa, que quizá no frenó a tiempo. Pero al mismo tiempo admitía que tampoco había visto con claridad. Que todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

La confusión era total. Nadie tenía certeza de nada. Cada uno reconstruía el instante desde el ángulo fragmentado que había alcanzado a percibir.

La ambulancia partió sin prisa. El cuerpo quedó bajo custodia de las autoridades. El autobús fue movido a un costado de la avenida. El tráfico comenzó a reorganizarse lentamente. La ciudad retomó su pulso habitual, como hace siempre, incluso después del desastre.

Adrián fue llevado en una patrulla para rendir declaración. No opuso resistencia. No lloró. No habló más de lo necesario. Solo caminó con la intensidad de quien sabe que el mundo, de un momento a otro, ha dejado de ser el mundo que conocía.

El instante que rompió la vida de Cornelia había roto también, sin previo aviso, la de todos los que serían arrastrados por las sombras de ese accidente. Un instante que ninguno podría olvidar ni reconstruir con exactitud. Un instante que reclamaría tres respuestas distintas: una desde el fuego, otra desde la ley, otra desde el alma.

Y aunque ninguno de ellos lo sabía aún, ese instante ya era el punto fijo donde convergerían la venganza, la justicia y el perdón.

CAPÍTULO 3

La noticia: Los tres hijos del dolor

El teléfono sonó a media tarde en la casa de los Algeciras, con ese timbre agudo que corta el aire como un presagio. Daniel había llegado unos minutos antes de la escuela y apenas se había sentado en el sillón de la sala cuando el sonido lo obligó a levantarse. Nunca le había gustado responder llamadas intempestivas; siempre le parecían la antesala de una noticia incómoda, de esas que cambian el rumbo del día o de la semana. Aun así, tomó el auricular sin imaginar que estaba por sostener, en un solo gesto, el borde de un abismo del que nunca lograría escapar del todo.

—¿Señor Algeciras? —preguntó una voz formal, casi protocolaria, desprovista de cualquier calidez.

—Sí, él habla —respondió Daniel, sintiendo ya un nudo formándose en el estómago.

Hubo un breve silencio, como si la voz buscara la manera exacta de ordenar lo que iba a decir, como si las palabras tuvieran que ser medidas con precisión antes de ser pronunciadas. A Daniel le pareció escuchar un suspiro al otro lado de la línea, o quizás fue solo su imaginación anticipando lo peor.

—Lo llamo del Servicio Médico Forense. Lamento informarle que su esposa, la señora Cornelia Solórzano de Algeciras, sufrió un accidente esta tarde…

Las palabras continuaron, pero dejaron de pertenecer al mundo real para transformarse en sonidos lejanos, incomprensibles, que no lograban atravesar la niebla que de pronto se formó en la mente de Daniel. La voz hablaba de un atropellamiento, de una avenida que él conocía bien, de un conductor que ya estaba rindiendo declaración, de paramédicos que llegaron rápido pero que no pudieron hacer nada. Cada frase parecía llegar desde muy lejos, como si alguien las recitara desde el fondo de un túnel oscuro que se extendía hacia el infinito.

—Debe venir de inmediato para el reconocimiento —concluyó la voz con esa frialdad burocrática que caracteriza a quienes tienen que dar malas noticias todos los días.

Daniel no respondió de inmediato. Se quedó detenido, sujeto al auricular

como si este pudiera sostenerlo en pie, como si al soltarlo fuera a desplomarse. Finalmente murmuró un "sí" que no parecía tener fuerza humana y colgó. Luego apoyó la mano en el respaldo del sillón para no caer, sintiendo que las piernas le temblaban de una manera que nunca antes había experimentado.

Artemisa bajó las escaleras en ese momento, con un cuaderno en la mano. Había estado revisando unas notas de la universidad, preparándose para un examen que ahora parecería completamente irrelevante. Al ver el rostro de su padre, algo en ella se tensó de forma inmediata. Conocía esa expresión, aunque nunca la había visto en él: era la expresión de alguien que acaba de recibir un golpe invisible.

—¿Papá? ¿Qué pasó? —preguntó, sintiendo que su propia voz sonaba extraña, como si viniera de otra persona.

Daniel levantó la vista con esfuerzo. Su expresión no tenía lágrimas aún; tenía, en cambio, una especie de vaciamiento, como si la realidad le hubiera arrebatado algo fundamental del interior.

—Tu mamá… —dijo con voz quebrada, cada palabra costándole un esfuerzo enorme—. Tu mamá tuvo un accidente.

Artemisa soltó el cuaderno. Este cayó al suelo con un golpe seco que pareció resonar en toda la casa. Ella se llevó la mano al pecho, como si quisiera retener dentro un aire que se le escapaba, como si el corazón necesitara ser sujetado físicamente para no salirse de su sitio.

—¿Está herida? —preguntó, aunque algo en el tono de su padre ya le había dado la respuesta.

Daniel tardó unos segundos en responder. No quería decirlo. No quería que las palabras existieran, porque mientras no las pronunciara había una pequeña posibilidad de que todo fuera un error, una confusión, un malentendido terrible que pronto se aclararía.

—Murió, hija.

El rostro de Artemisa se transformó de inmediato. Primero, incredulidad absoluta, como si su cerebro se negara a procesar la información. Luego, espanto, ese horror puro que viene cuando la mente por fin acepta lo inaceptable. Luego, un silencio tan profundo que parecía contener un grito imposible, un alarido que no lograba salir porque era demasiado grande para pasar por la garganta. No lloró. No logró llorar. Se quedó de pie, inmóvil, con los ojos muy abiertos, como si el mundo hubiera perdido su contorno, como si todo se hubiera vuelto borroso e irreal.

—¿Dónde está Ubaldo? —preguntó Daniel, casi en automático, necesitando hacer algo, necesitando moverse, actuar, no quedarse paralizado.

Artemisa apenas pudo responder, su voz un hilo delgado.

—Salió… creo que fue a caminar. Estaba mal por lo de Natalia…

Daniel asintió, aunque no había entendido realmente lo que ella decía. Tenía la mente atrapada en una sola idea: debía encontrar a su hijo. Debía decirle lo que había pasado antes de que lo supiera por otra vía, antes de que alguien más le diera la noticia.

—Voy a avisarle —dijo, tomando las llaves del auto.

Pero no fue necesario. En ese instante la puerta principal se abrió de golpe y Ubaldo entró, despeinado, con la camiseta pegada al cuerpo por el sudor. Venía alterado, con la mirada crispada, aún arrastrando la frustración de su ruptura amorosa, aún cargando esa rabia difusa que había sido su compañera constante durante las

últimas semanas. Alcanzó a ver el rostro descompuesto de Artemisa, la rigidez del cuerpo de su padre, y supo de inmediato que algo había ocurrido, algo grave, algo que cambiaría todo.

—¿Qué pasa? —preguntó, con un tono entre la angustia y la irritación.

Nadie respondió de inmediato. Fue Daniel quien finalmente se acercó a él, puso una mano en su hombro y trató de decirlo con serenidad, aunque la voz le temblaba de una manera que no podía controlar.

—Hijo… tu mamá…

Ubaldo retrocedió un paso, como si presintiera que no quería escuchar lo que venía.

—¿Qué le pasó? —preguntó en seco, con esa brusquedad que usaba cuando tenía miedo.

Daniel cerró los ojos un instante, buscando fuerzas que no tenía.

—Un accidente. Un autobús…

Ubaldo no dejó que terminara. Su rostro se contrajo, sus manos se cerraron en puños.

—¿Está herida? ¿Dónde está? ¡Llévenme con ella!

Artemisa avanzó lentamente hacia él, con el rostro pálido como la cera.

—Murió, Ubaldo —dijo, y al pronunciar esas palabras sintió que algo dentro de ella también moría.

El silencio que siguió fue absoluto. Ni los ruidos de la calle, ni el canto lejano de un pájaro, ni el motor de un auto afloraron en ese instante. Todo se contrajo alrededor de Ubaldo, como si el mundo entero fuera una sola palabra que lo aplastaba: *muerte*.

Él abrió la boca sin poder articular sonido alguno. Luego soltó un aliento brusco, como si le arrancaran algo vital desde adentro. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Artemisa dio un paso hacia él, pero Ubaldo levantó la mano para detenerla, necesitando espacio, necesitando procesar solo lo que estaba pasando.

—¿Quién fue? —preguntó con voz ronca, apenas audible.

Daniel intentó acercarse, pero sabía que cualquier respuesta sería insuficiente.

—Hijo, todavía no sabemos…

—¿Quién fue? —repitió Ubaldo, esta vez gritando, liberando toda la rabia acumulada de semanas en esas dos palabras.

Daniel respiró hondo, sabiendo que no había forma suave de decirlo.

—El conductor del autobús. Adrián Carmona Luján. Pero no sabemos nada más. No sabemos qué pasó exactamente.

Ubaldo apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. Respiraba agitado, como un animal acorralado por un dolor demasiado grande para comprenderlo.

—Lo mató —susurró, y en esa afirmación había ya una certeza que nada podría mover—. Ese cabrón la mató.

Artemisa sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Conocía a su hermano, conocía esa capacidad suya para convertir el dolor en rabia, para transformar la tristeza en necesidad de acción.

—Ubaldo, no puedes decir eso. No sabemos si fue culpa suya. Necesitamos información, un reporte, testigos…

Él se volvió hacia ella con los ojos cargados de furia, con una intensidad que la hizo retroceder.

—¿Tú crees que me importa un reporte? ¡La mató! ¡La atropelló! ¡La dejó tirada como un perro!

—No sabemos qué pasó —repitió Artemisa, esforzándose en mantener la calma, sintiendo que era la única que podía evitar que esto se descontrolara—. Tiene que haber un proceso, una investigación.

Ubaldo soltó una carcajada desesperada, sin humor, una risa que sonaba más a quebranto que a otra cosa.

—Tú siempre con tus procesos, con tus libros, con tus ideas. ¡Esto no es un ensayo, Artemisa! ¡Es mamá!

—Y por eso mismo —respondió ella con la voz firme, aunque sentía que se quebraba por dentro—, debemos hacer las cosas bien.

Ubaldo la miró como si no la reconociera, como si su hermana se hubiera convertido en una extraña.

—Si tú no vas a hacer nada —dijo con una determinación que asustaba—, yo sí.

Daniel intervino antes de que el conflicto escalara más, poniendo firmeza en su voz aunque se sentía destrozado.

—Nadie va a hacer nada ahora —dijo con tono decidido—. Vamos al forense. Debemos reconocer el cuerpo.

La palabra "cuerpo" golpeó a los tres con violencia renovada. Era la confirmación de que Cornelia ya no existía como persona, solo como materia inerte que debía ser identificada, procesada, devuelta a la familia para su disposición final.

Se dirigieron juntos al automóvil. Nadie habló durante el trayecto. Monterrey pasaba a su alrededor como una ciudad ajena, demasiado viva, demasiado indiferente para quienes llevaban la muerte en el interior.

En el Servicio Médico Forense los recibió un pasillo frío, iluminado con lámparas blancas que parecían exagerar las sombras. Un hombre con bata les pidió datos, documentos, firmas. Todo tenía el ritmo implacable de la burocracia que no distingue entre tragedia y rutina, que trata la muerte como un trámite más.

Cuando finalmente los llevaron a la sala de reconocimiento, Daniel sintió que las piernas le flaqueaban. Artemisa caminó como si avanzara a través de un sueño del que no podía despertar. Ubaldo, en cambio, llevaba la mandíbula apretada, la mirada fija, como si algo dentro de él hubiera tomado una forma irreversible.

Al abrirse la cortina, el cuerpo de Cornelia apareció cubierto por una sábana blanca. La auxiliar la levantó apenas, mostrando el rostro con esa

neutralidad profesional de quien hace esto todos los días.

La muerte había borrado la fuerza habitual de Cornelia. Ya no había dureza en sus facciones, ni impaciencia, ni inquietud. Solo un silencio profundo, una desconexión total del mundo que había habitado horas antes.

Daniel dio un paso adelante. Sintió la garganta cerrársele.

—Sí… —murmuró con dificultad—. Es ella.

Artemisa exhaló un sollozo breve, el primero que se permitía. Ubaldo cerró los ojos y apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula.

—¿Qué le hicieron? —preguntó con voz temblorosa.

—Nada —respondió la auxiliar sin emoción—. Fue un impacto muy fuerte.

Impacto. La palabra lo atravesó como una lanza.

Al salir del recinto, el aire de la noche les pareció denso, casi irrespirable. Daniel se apoyó en el auto antes de entrar. Artemisa lo tomó del brazo. Ubaldo caminó unos pasos lejos, respirando de forma errática.

—Esto no se va a quedar así —dijo en voz baja, pero con una firmeza que estremeció a sus dos acompañantes—. Te lo juro, mamá. No se va a quedar así.

Artemisa quiso responder, pero Daniel negó con la cabeza, agotado.

—Déjalo —dijo con un susurro triste—. A cada uno le llegará su forma de entender esto.

Lo que ninguno sabía aún era que aquellas tres formas serían caminos opuestos, destinos que los separarían y los enfrentarían de maneras que jamás hubieran imaginado.

Esa noche, mientras el cuerpo de Cornelia reposaba en una camilla metálica y las luces de Monterrey seguían ardiendo sin saber que una familia había quedado rota, las sombras de la venganza, la justicia y el perdón comenzaron a tomar forma dentro de tres corazones heridos.

Y ya nada podría detenerlas.

CAPÍTULO 4

La otra orilla: Adrián y su hija

A esa misma hora en que los Algeciras comenzaban a hundirse en la densidad del duelo, en la humilde colonia donde vivía Adrián Carmona Luján se extendía un silencio espeso, casi metálico, que no solía habitar ese espacio. Allí, donde normalmente los sonidos del vecindario —la televisión de los vecinos, el rumor de los niños jugando en la calle, el silbido de algún vendedor ambulante— componían el ritmo cotidiano del día, ahora reinaba una calma tensa, como si el propio entorno intuyera que algo grave había ocurrido.

Adrián había regresado a casa después de rendir su declaración inicial ante las autoridades. Su camisa seguía impregnada del olor del autobús, del sudor frío que le había corrido por la espalda desde el instante del impacto, y de un tenue rastro a quemado que no sabía identificar. Caminaba como un hombre que hubiese perdido no solo el equilibrio externo, sino el interno, ese que permite asirse incluso en la

confusión más profunda. Al abrir la puerta, lo recibió la penumbra de la sala, iluminada únicamente por el reflejo anaranjado del sol poniente que se filtraba por la cortina raída.

La pequeña Sofía, su hija, estaba sentada en el piso, rodeada de hojas de colores y crayones dispersos. Había intentado dibujar algo que ya no recordaba, algo que había perdido sentido en el momento en que escuchó la puerta abrirse. Cuando escuchó entrar a su padre, levantó la mirada de inmediato. Sus ojos grandes, siempre atentos a cualquier movimiento de su padre, se detuvieron en su rostro. No encontró en él el gesto habitual de cansancio tibio o la sonrisa de alivio con que Adrián solía saludarla al regresar de trabajar. Encontró, en cambio, una especie de sombra que no había visto antes, una oscuridad que parecía haberse instalado detrás de sus ojos.

—Papá —murmuró ella, dejando caer el crayón que sostenía.

Adrián intentó sonreír, pero el gesto se quebró antes de formarse, convirtiéndose en una mueca involuntaria.

—Hola, hija —dijo con voz baja, casi sin fuerza.

Sofía se levantó y se acercó despacio. Había aprendido, quizá demasiado pronto para su edad, a leer los cambios más leves en el ánimo de su padre. Vivir con un solo progenitor la había vuelto particularmente sensible a las fluctuaciones emocionales del único adulto en su mundo. Se aferró a su pantalón y lo miró con inquietud.

—¿Te pasó algo? —preguntó con esa inocencia que puede ser a veces más penetrante que cualquier interrogatorio adulto.

Adrián tardó en responder. No sabía qué podía decirle. No tenía palabras para explicar que, en un solo instante, su vida había quedado atravesada por un hecho que jamás habría imaginado. Que un accidente —o algo que no sabía si era accidente— había puesto en riesgo todo lo que él entendía de sí mismo. Que la muerte de una mujer, una maestra, una persona que formaba parte lejana pero esencial del mundo de su hija, lo perseguiría desde ese día en adelante.

—Solo fue un día difícil —dijo finalmente, las palabras sonando huecas incluso para él.

Sofía lo abrazó por la cintura, apretándose contra él con esa necesidad infantil de contacto físico que busca consuelo tanto como lo ofrece.

—¿Por la señora Cornelia? —susurró, la pregunta saliendo de sus labios casi sin pensar.

Adrián sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No sabía cómo la niña había sabido que eso estaba en el centro de todo, cómo había conectado los puntos con esa rapidez.

—¿Cómo supiste…? —murmuró, mirándola con sorpresa.

—Escuché a los vecinos —respondió ella, bajando la mirada como quien confiesa algo que no debería saber—. Dijeron que la maestra de la primaria murió atropellada.

Adrián se inclinó, la tomó por los hombros con suavidad y le levantó el mentón, necesitando ver sus ojos.

—No escuches conversaciones de otros, hija.

Sofía frunció ligeramente los labios, esa expresión que ponía cuando sabía que algo importante estaba pasando pero no entendía del todo qué.

—¿Fuiste tú, papá? —preguntó con una directa que solo los niños pueden tener.

La pregunta cayó en el aire con una contundencia que Adrián no estaba preparado para enfrentar. Era como si el mundo entero se hubiese detenido un segundo para escuchar su respuesta. Las palabras de Sofía, pronunciadas sin acusación y sin miedo, lo hirieron más profundamente que cualquier reproche de un adulto.

—Sí —dijo al fin, con un hilo de voz—. Yo conducía.

Sofía parpadeó varias veces. No parecía comprender del todo, pero sí presentía la gravedad. En su pequeño cuerpo tembló algo parecido a la incertidumbre, al miedo de lo desconocido.

—¿La querías lastimar? —preguntó, y en esa pregunta había toda la confusión de una niña que había sufrido bajo la severidad de esa misma maestra.

Adrián sintió que la sangre se le helaba. La pregunta implicaba tantas cosas, revelaba tanto sobre lo que su hija había vivido.

—No —respondió de inmediato, con firmeza—. No, Sofía. Nunca. Fue… fue algo que no debió pasar.

La niña lo miró con una mezcla de confusión y alivio tenue. Parecía querer creerle. Parecía necesitar creerle. Lo abrazó otra vez, esta vez con más fuerza, como si al sostenerlo pudiera evitar que algo peor sucediera.

—Tenía miedo de que la odiaras —murmuró contra su pecho—. Porque ella a veces… ya sabes…

Adrián cerró los ojos. Esa frase, pronunciada con la inocencia de quien no entiende del todo la gravedad de sus palabras, lo laceró. Sabía que su hija había sufrido bajo la severidad de la maestra Cornelia. Lo había visto en los gestos temerosos, en las miradas huidizas, en las lágrimas mal disimuladas cuando llegaba de la escuela. Pero jamás habría imaginado que la niña pudiera relacionar ese miedo con el accidente, que pudiera pensar que él había actuado por ella.

—Hija —dijo, acariciándole el cabello con ternura—. Lo que pasó no tiene que ver contigo. No fue por ti.

Pero mientras pronunciaba esas palabras, no pudo evitar recordar la noche anterior, cuando la niña había confesado entre sollozos que la maestra le gritaba frente a todos, que la reprendía sin motivo, que la hacía sentirse una inútil. Adrián había contenido su rabia entonces, esforzándose por no demostrarle a su hija que esas historias lo envenenaban lentamente. Había pensado en hablar con la directora, en cambiarla de grupo, en todo… menos en lo que finalmente había ocurrido.

Se sentó en el sillón y tomó a Sofía en sus brazos. La niña apoyó la cabeza en su pecho, y durante unos minutos permanecieron en silencio. Adrián

sintió el peso del cansancio caer sobre él como una avalancha implacable. No sabía si debía llorar,

gritar o permanecer inmóvil. Había una parte de él que solo quería dormir durante días, para no enfrentar el conflicto que sabía que se avecinaba. Porque la muerte de Cornelia no se detendría en un expediente policial. Tendría consecuencias. Tendría voces. Tendría reclamos.

La niña levantó la vista, sus ojos brillando con preocupación.

—¿Te van a regañar por eso? —preguntó con esa lógica infantil que simplifica lo complejo.

Adrián soltó un suspiro entrecortado.

—Tal vez —respondió con honestidad—. Pero voy a decir la verdad.

—¿Que fue un accidente? —insistió Sofía, necesitando confirmación.

Esa palabra, "accidente", cayó pesada en la conciencia de Adrián. Él mismo no sabía si podía nombrarlo así con completa certeza. Su mente había estado en otra parte en el instante del impacto. Había pensado en la maestra. Había pensado en su hija. Y aunque no había actuado con intención, no podía evitar sentir que la mezcla de emociones acumuladas durante semanas lo había puesto en un estado vulnerable. ¿Podía un impulso subconsciente influir en un acto tan breve que duraba apenas unos segundos? ¿Podía su rabia, silenciosa pero latente, haber nublado su juicio?

No tenía respuestas. Solo tenía dudas que lo carcomían.

—Sí —dijo finalmente—. Que fue un accidente. Sofía pareció aliviada. Se acurrucó más contra él.

—Entonces no va a pasar nada malo —dijo, con esa obstinada confianza infantil que cree que la verdad siempre basta, que cree que el mundo es justo.

Adrián cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas que así fuera.

Pero sabía que no. Sabía que la vida era más complicada que eso. Sabía que había familias que iban a llorar esa muerte. Sabía que había hijos que reclamarían justicia. Y sabía, aunque aún no lo había admitido por completo, que había un hombre —el esposo de la maestra— que tal vez no estaría dispuesto a aceptar ninguna explicación.

Pasaron varios minutos antes de que Sofía se apartara de su regazo. Se levantó para ir a su habitación, quizá buscando distraerse con algún juguete, quizá buscando escapar del peso de la conversación. Adrián la observó alejarse y sintió un punzón en el pecho. La niña había sido su razón para soportar jornadas extenuantes, para aceptar turnos dobles, para callarse humillaciones de supervisores y reclamos injustos de pasajeros. Siempre había puesto a Sofía por encima de todo. Todo.

Y ahora, aun sin quererlo, su vida estaba marcada por la tragedia de otra familia. Por la pérdida de una madre. Por la rabia de un hijo que no lo conocía. Por el juicio de una hija que buscaría respuestas. Por el silencio de un hombre que tal vez, en lugar de odiarlo, lo miraría con lástima.

Se levantó con dificultad, sintiendo el peso de las horas sobre cada músculo. Fue hasta la pequeña cocina donde aún quedaba agua de la mañana. Bebió lentamente,

como si necesitara que cada trago lo anclara de nuevo al mundo. Luego se recargó en la barra, cerró los ojos y dejó que algunos recuerdos lo atravesaran.

Se vio caminando con Sofía el primer día de clases. La maestra Cornelia en la puerta del salón, con su postura recta y su mirada seria. La niña escondiéndose detrás de su pierna. Él sonriendo con torpeza, intentando romper la rigidez del ambiente. Se vio saliendo de la escuela semanas después, con la niña llorando porque había olvidado una tarea y la maestra la había regañado delante de todos. Se vio preguntándose si debía intervenir o si debía dejar que la niña aprendiera la disciplina.

Ahora esos recuerdos parecían manchas borrosas en una superficie que ya no tenía arreglo.

Sintió necesidad de salir. De caminar. De respirar un aire distinto. Pero no podía dejar sola a Sofía. La niña volvió a la sala en ese momento, sosteniendo una hoja en la mano.

—Dibujé algo para ti —dijo.

Adrián tomó el dibujo. Era un trazo infantil, con formas irregulares, colores mezclados. Había dos figuras: un hombre alto, una niña pequeña. Entre ambos, una línea que parecía un puente.

—Es para que no estemos tristes —dijo Sofía.

Él sonrió por primera vez desde la tarde, una sonrisa débil, frágil, pero verdadera.

—Gracias, hija.

Se sentó en el sillón y la abrazó con fuerza. Cerró los ojos, tratando de conservar la sensación de ese pequeño cuerpo cálido contra el suyo, como un ancla en medio de un mar que comenzaba a agitarse peligrosamente.

Pensó en lo que vendría. Pensó en la policía. Pensó en los Algeciras, aunque aún no sabía sus nombres. Pensó en la posibilidad de que lo detuvieran. Pensó en Sofía quedándose sola. Sintió un nudo en la garganta tan grande que tuvo que respirar hondo para no romperse.

—Voy a estar contigo pase lo que pase —dijo, casi como un juramento. Sofía apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo sé.

Afuera, la noche comenzaba a caer sin prisa. Las luces del vecindario se encendían una a una, mientras los murmullos de las casas recobraban su curso habitual. Pero para Adrián, el mundo había cambiado de forma irrevocable. No era solo la muerte de Cornelia lo que lo marcaba.

Era la certeza, honda y silenciosa, de que él estaba en la otra orilla de un río que, a partir de ese día, lo separaría para siempre de quienes lloraban a la mujer caída en la avenida.

Y aunque no podía imaginarlo aún, ese río sería el mismo que, tarde o temprano, lo enfrentaría a la venganza, al juicio y al perdón.

CAPÍTULO 5

Ubaldo: la lógica del fuego

Desde la madrugada del cuarto día después del accidente, Ubaldo Algeciras comenzó a despertar con una sensación que no había conocido jamás: un peso que no estaba en el cuerpo, sino en el aire; en el cuarto; en el silencio que lo envolvía incluso antes de abrir los ojos. Era como si la casa entera respirara de manera distinta desde que Cornelia ya no estaba, como si los muros hubieran adquirido un tono opaco, apagado, incapaz de reflejar siquiera la luz tenue que se colaba por la ventana. No era tristeza lo que lo despertaba, ni siquiera angustia. Era rabia. Una rabia espesa, silenciosa, que lo inundaba antes de ponerse de pie y lo acompañaba a lo largo del día como una sombra pegada a su espalda.

Se levantaba sin saber si había dormido realmente. A veces creía haber dormido horas; a veces estaba seguro de no haber cerrado los ojos. Los sueños se mezclaban con recuerdos borrosos, con fragmentos de la voz de su madre, con discusiones pasadas, con el sonido de la puerta al cerrarse la última vez que la vio salir. Ubaldo recordaba esa escena con una fidelidad que no sabía si era verdadera o inventada por el dolor: Cornelia ajustando el bolso sobre el hombro, revisando que llevara las llaves, diciendo algo que él no escuchó porque estaba distraído en su propio abatimiento por la ruptura con Natalia.

Esa mañana, la última mañana, él no la miró realmente; y ahora esa omisión lo perseguía como un reproche permanente que nadie más que él mismo le hacía.

Los primeros días después del accidente fueron una procesión continua de rostros, voces y gestos que no lograba distinguir. El velorio había sido un desfile interminable de personas que hablaban de su madre como si la hubieran conocido mejor que él, como si aquella muerte les perteneciera en alguna medida. Eso lo irritaba profundamente. Había soportado apretones de manos que le dolían, abrazos incómodos de personas que apenas recordaba, frases repetidas hasta el cansancio: "qué tragedia", "Dios la tenga en su gloria", "fue un accidente terrible".

Cada vez que escuchaba esa palabra —*accidente*— sentía que una chispa encendía de nuevo el fuego que llevaba días acumulando en su interior.

Artemisa caminaba de un lado a otro con los ojos enrojecidos, sosteniendo carpetas, haciendo llamadas, leyendo artículos sobre atropellamientos, sobre protocolos, sobre procedimientos legales. Daniel, por su parte, guardaba un silencio que Ubaldo interpretaba como debilidad, como rendición. Lo veía sentado en la sala, mirando un punto fijo de la pared, como si buscara encontrar allí alguna explicación que él mismo sabía imposible.

—Hay que esperar el informe final —decía Artemisa en voz baja, como si temiera despertar a alguien, como si las palabras tuvieran que pronunciarse con cuidado.

—¿Para qué? —respondía Ubaldo con una brusquedad que no podía controlar—.

¿Para que nos digan lo que ya sabemos?

—No sabemos qué pasó —Artemisa mantenía el tono firme, aunque su voz temblaba ligeramente—. No tenemos un video, ni un peritaje completo, ni la reconstrucción de hechos. No podemos acusar sin pruebas.

—Yo no necesito pruebas —respondía él, apretando los dientes—. Yo necesito justicia.

Pero no era justicia lo que buscaba. En el fondo, él lo sabía. Buscaba algo más antiguo, más visceral, más inmediato: castigo. Retribución. Sangre por sangre.

La noche del entierro, incapaz de quedarse quieto, salió de la casa a caminar. La ciudad parecía envuelta en un murmullo lejano, como si alguien hubiera bajado el volumen de todos los ruidos habituales. Caminó durante horas sin rumbo, sintiendo el calor del pavimento subir por las suelas de los tenis. No sabía hacia dónde iba, pero sus pies lo llevaron inevitablemente a la avenida Juárez. El tráfico era menos intenso que en los días anteriores, pero aún así constante.

Ubaldo se paró en la esquina y observó el cruce. Trataba de imaginar el cuerpo de su madre allí, las luces del autobús reflejándose en sus lentes, el instante exacto en que el vehículo la golpeó. Pero no podía imaginarlo sin rabia. No podía hacerlo sin sentir que ese impacto, aunque accidental para algunos, había sido la consecuencia inevitable de la negligencia, de la imprudencia o de la indiferencia de un hombre al volante.

Mientras observaba el cruce, una imagen comenzó a formarse en su mente, difusa al principio, pero luego tan clara que lo estremeció: un conductor distraído, pensando en cualquier cosa menos en el camino; un impulso, un gesto de ira, un movimiento precipitado. Era posible. No necesitaba más para convencerse. La posibilidad era suficiente para transformarse en certeza dentro de su cabeza.

Regresó a casa cuando el cielo comenzaba a tornarse opaco, cargado de esa oscuridad que precede al amanecer. Se quitó los zapatos en silencio, tratando de no despertar a Daniel ni a Artemisa. Pero no pudo evitar encender la computadora. Tecleó el nombre que había escuchado: Adrián Carmona Luján.

Las primeras búsquedas arrojaron información mínima: una fotografía borrosa, un registro laboral, un domicilio. Ubaldo observó la imagen durante un largo tiempo. Un rostro ordinario. Un hombre cualquiera. Nadie especial. Y, sin embargo, ese rostro se convirtió en el enemigo. No importaba que la búsqueda no arrojara pruebas; para Ubaldo, el simple hecho de que ese hombre hubiera estado al volante era suficiente.

Durante los días siguientes, su comportamiento se volvió errático. Despertaba temprano, antes que Daniel, antes que Artemisa. Salía sin decir a dónde iba, regresaba al anochecer. A veces volvía sudado, agotado, con la ropa impregnada del polvo de la ciudad; otras veces regresaba con los ojos enrojecidos, como si hubiera estado a punto de llorar y se hubiera contenido a fuerza.

Artemisa intentó hablar con él en varias ocasiones.

—Hermano —dijo una mañana, acercándose con cautela—. Estás haciendo algo que no compartes. Lo sé.

Ubaldo la miró con impaciencia.

—No estoy haciendo nada —respondió, aunque la mentira era transparente.

—Lo estás pensando —insistió ella—. Pensar también es

hacer. Ubaldo se rio, pero era una risa seca, sin humor.
—¿Desde cuándo te importa lo que pienso?

Artemisa retrocedió un paso, dolida.

—Siempre me ha importado. Solo que ahora no estás pensando con claridad.

—Tú crees que todo se resuelve con claridad —dijo él, endureciendo la mirada—. La vida no funciona así. No cuando alguien te arrebata a tu madre.

Artemisa quiso decir algo más, pero se contuvo. Lo vio subir las escaleras con pasos acelerados y entendió que, por el momento, no podría alcanzarlo.

Daniel también intentó intervenir. Una tarde, mientras Ubaldo guardaba algo en su mochila, su padre le puso una mano en el hombro.

—Hijo —dijo con voz suave—. No puedes permitir que la rabia decida por ti. Ubaldo se zafó del contacto con brusquedad.

—¿Y tú qué propones? ¿Aceptar que fue un accidente y ya?

—Propongo que esperemos —respondió Daniel—. Que no dejemos que el dolor nos convierta en algo que no somos.

Ubaldo lo miró con una mezcla de desdén y tristeza.

—Tú nunca entiendes nada —murmuró antes de salir.

Ese día caminó sin detenerse hasta llegar a la colonia donde vivía Adrián. No sabía si encontraría la casa, pero llevaba anotada la dirección. Cuando llegó, se quedó parado a mitad de la acera, observando la fachada humilde de la vivienda. No tocó la puerta. No habló con nadie. Permaneció allí durante largos minutos, como si necesitara ver con sus propios ojos la vida del hombre que había destruido la suya.

Por un instante se preguntó cómo habría sido el día de ese hombre después del accidente. ¿Habría dormido? ¿Habría llorado? ¿Habría sentido culpa? ¿O simplemente habría seguido con su vida, como si nada hubiera ocurrido? Esa idea lo llenó de una rabia tan intensa que tuvo que cerrar los puños para contenerse.

Se imaginó entrando a la casa, enfrentándolo, obligándolo a admitir algo, lo que fuera. Pero no lo hizo. No aún.

Siguió volviendo a esa colonia durante varios días, sin acercarse demasiado. Observaba desde lejos. Miraba a la gente que entraba y salía. Intentaba adivinar cuál de las siluetas era la de Adrián. A veces creía reconocerlo, pero no estaba seguro. Cada día que pasaba, la obsesión crecía.

Una tarde, vio salir a una niña pequeña. Tenía una mochila rosa y caminaba lentamente, como si estuviera sumida en sus propios pensamientos. Ubaldo la siguió con la mirada. No sabía quién era, pero algo en su expresión, en la forma en que bajaba la cabeza, en la delicadeza de sus pasos, le resultó familiar: era el gesto de quienes cargan un miedo que no pueden nombrar.

Al rato vio salir a un hombre detrás de ella. No lo reconoció de inmediato. No era idéntico a la fotografía borrosa que había visto. Pero había algo en su postura, en la curva de sus hombros, en la expresión cansada con que buscaba a la niña, que lo confirmó: era él. Adrián.

Ubaldo sintió que el corazón se le aceleraba. Por un momento creyó que

iba a correr hacia él. Pero una fuerza desconocida lo mantuvo quieto. Observó cómo padre e

hija caminaban calle abajo. Vio la mano del hombre posarse sobre el cabello de la niña. Vio un gesto de ternura.

Ese gesto lo desconcertó profundamente.

Por un instante, una grieta se abrió en su convicción. Una grieta diminuta, casi imperceptible, pero suficiente para hacerlo vacilar. ¿Y si no era el monstruo que él necesitaba que fuera? ¿Y si el accidente había sido realmente eso, un instante fatal en una tarde ordinaria?

La duda duró apenas unos segundos. Luego volvió la rabia, más intensa que antes. Porque si Adrián no era un monstruo, entonces era un hombre común que no había merecido conservar intacta la vida que él todavía tenía.

Esa noche volvió a la casa con la mirada más oscura de lo habitual. Artemisa lo vio entrar y reconoció algo nuevo: una decisión. No un impulso como antes, sino una resolución profunda.

—Ubaldo —dijo ella acercándose—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que debo —respondió él.

—¿Qué es "lo que debes"?
Ubaldo la miró fijamente.

—Que ese hombre sepa que no va a quedar impune.

—Eso lo decide la ley —insistió Artemisa—. No tú. Él negó con la cabeza.

—La ley tarda. La rabia no.

Y sin esperar respuesta, subió a su habitación.

Esa noche, antes de dormir, escribió algo en una libreta que había permanecido vacía durante meses. Una frase que no tenía destinatario, pero que era al mismo tiempo un juramento y una amenaza:

"Mamá, te lo prometo: no voy a permitir que esto se olvide." Cuando terminó de escribirla, cerró la libreta con fuerza.

El fuego ya tenía dirección. Y Ubaldo, sin saberlo aún, había dado el primer paso hacia un camino del que no podría regresar.

CAPÍTULO 6

Artemisa: la fe en el orden

Artemisa Algeciras despertó dos días después del entierro con la sensación de haber envejecido años en una sola semana. No era solo la pérdida de su madre lo que la tenía exhausta, sino la transformación súbita y violenta de su hogar, esa fractura silenciosa que se había abierto entre ella, su padre y Ubaldo. Nunca había creído que el dolor pudiera tomar formas tan distintas dentro de una misma familia, y sin embargo ahora lo veía con claridad: a cada uno la muerte de Cornelia lo había moldeado de un modo distinto, como si la ausencia hubiera esculpido en ellos un carácter nuevo, una manera nueva de estar en el mundo.

El amanecer entraba por la ventana de su cuarto con un resplandor casi metálico, demasiado brillante para la hora. Se sentó en la cama y respiró hondo, tratando de ordenar los pensamientos que se agolpaban sin permiso. No podía darse el lujo de derrumbarse; alguien debía hacer lo que correspondía, alguien debía sostener los hilos de la razón mientras Ubaldo se consumía en su tormenta y Daniel permanecía envuelto en una niebla emocional que lo volvía lento, a veces inaccesible.

Se levantó y se miró al espejo. Sus ojos estaban hinchados, las ojeras marcadas como nunca antes. Se recogió el cabello en un moño rápido y salió al pasillo. La casa estaba extrañamente silenciosa, como si la muerte de Cornelia hubiera impuesto una ley que nadie se atrevía a quebrar. Bajó las escaleras sin prisa, escuchando cómo los peldaños crujían bajo su peso.

En la cocina encontró a Daniel sentado con una taza de café entre las manos, la mirada perdida en el vapor que ascendía lentamente. Artemisa se dio cuenta de que su padre probablemente llevaba allí desde mucho antes de que ella despertara.

—Papá —saludó en voz suave.

Él levantó la vista con un gesto que era más un intento de sonrisa que una sonrisa real.

—¿Dormiste algo? —preguntó.

—Un poco —mintió ella.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero no era incómodo: era un silencio cansado, de esos que se forman cuando las palabras se han agotado sin que nada haya sido resuelto. Artemisa tomó una taza, se sirvió café y se sentó frente a él.

—Voy a ir a la Fiscalía hoy —dijo finalmente, rompiendo el silencio con determinación.

Daniel frunció el ceño, aunque no con desaprobación.

—¿Para qué?

—Quiero ver el expediente. Saber qué han dicho los testigos. Ver si hay avances. Daniel dejó la taza en la mesa con cuidado.

—Hija… todavía es muy pronto.

—Justo por eso —respondió Artemisa con firmeza—. Si esperamos más, el caso se va a enfriar. Quiero entender qué pasó.

Daniel la observó durante un largo instante, como si tratara de descifrar algo detrás de sus palabras.

—Entender no siempre ayuda —dijo con voz apagada.
Artemisa suspiró.

—No quiero que Ubaldo haga una locura.

Daniel apretó la mandíbula, como si esa preocupación lo atravesara también.

—No lo vas a detener así —murmuró.

—Quizá no. Pero sí puedo evitar que sus ideas se vuelvan más grandes que los hechos.

Daniel bajó la mirada hacia sus manos, entrecruzando los dedos.

—Tu madre estaría orgullosa de ti.

Artemisa sintió un nudo en la garganta. No quería llorar, no ahora. Asintió apenas y tomó su bolso.

—Regreso en un rato.

Daniel la vio salir sin decir nada más.

Artemisa caminó hasta la avenida principal para tomar un taxi. Durante el trayecto, la ciudad parecía seguir adelante sin enterarse de nada. Gente caminando deprisa, autobuses llenos, camiones de carga, motociclistas zigzagueando entre carriles. Y ella allí, con la sensación de avanzar dentro de un sueño confuso en el que nada tenía sentido y todo era urgente.

El edificio de la Fiscalía Metropolitana era un bloque gris, de ventanas estrechas y puertas pesadas. Al entrar, el olor a papeles húmedos y café viejo la envolvió como un recordatorio del peso que cargan esos lugares: historias truncadas, vidas partidas, verdades incompletas.

Se acercó al mostrador. Una mujer con gafas gruesas la miró sin interés.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo por información del expediente de mi madre. Cornelia Solórzano de Algeciras. Falleció en un atropellamiento hace unos días.

La mujer tecleó unos datos sin apuro.

—Número de caso.

Artemisa entregó la hoja que le habían dado en el forense. La mujer la revisó, levantó una ceja y luego señaló con la cabeza hacia un pasillo.

—Segunda puerta a la derecha. Oficial Ramírez.

Artemisa agradeció y avanzó por el pasillo. Tocó suavemente. Una voz masculina respondió desde dentro.

—Pase.

El oficial Ramírez era un hombre robusto, de barba oscura y expresión adusta. Levantó la vista cuando ella entró.

—¿Usted es la hija de la señora Solórzano?

—Sí.

—Lo siento mucho —dijo él, sin emotividad excesiva, pero con un tono que parecía sincero.

Artemisa asintió y tomó asiento.

—Quiero ver el expediente —dijo—. O al menos saber qué avances hay. Ramírez se recargó en la silla.

—Mire, señorita… estamos empezando. Es un caso reciente. Tenemos declaraciones preliminares, pero nada concluyente.

—¿Los testigos coincidieron en algo? —preguntó ella.

Ramírez abrió una carpeta gruesa, repleta de hojas mal acomodadas.

—Coincidieron en que fue rápido. En que nadie vio con claridad. Algunos dicen que su madre venía distraída, otros que el conductor iba rápido. Nada sólido.

Artemisa apretó los dedos sobre su falda.

—¿Hay cámaras?

El oficial negó.

—Esa esquina no tiene. Ya lo verificamos.

—¿Y el conductor?

Ramírez hojeó unas cuantas páginas.

—Cooperó. Se presentó a declarar de inmediato. No intentó huir. Su versión es… directa.

—¿Cuál es?

Ramírez la miró un instante antes de responder.

—Dice que no la vio. Que fue un instante. Que cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde.

Artemisa respiró hondo.

—¿Creen que miente?

—No lo sabemos. No tenemos indicios claros de dolo. Pero tampoco podemos descartarlo. El expediente no está cerrado.

Artemisa sintió un peso en el pecho.

—Mi hermano cree que él la mató intencionalmente.
Ramírez soltó un resoplido leve.

—Los familiares siempre buscan una explicación. Es normal.

—No quiero explicaciones —dijo ella, conteniendo su emoción—. Quiero claridad. El oficial la miró con ojos que parecían más cansados que duros.

—A veces la claridad tarda. A veces no llega nunca. Aquella frase la golpeó. Pero no retrocedió.

—Quiero una copia de las declaraciones.

Ramírez la observó como quien evalúa si una petición puede traer problemas.

—Puedo darle un resumen preliminar —concedió finalmente.

Imprimió unas hojas y se las entregó. Artemisa las tomó con manos temblorosas.

—Gracias.

Salió de la oficina con el corazón acelerado. Se sentó en una banca del pasillo y revisó el contenido. Las declaraciones eran breves, imprecisas, llenas de frases como "creo que", "parecía", "no estoy seguro". Sintió frustración. ¿Cómo podía reconstruirse la verdad con testimonios tan frágiles?

Guardó las hojas en el bolso y salió del edificio. Afuera, el sol estaba más intenso que antes. Caminó hasta una sombra y respiró hondo.

Debía hablar con su padre. Debía hablar con Ubaldo. Pero antes quería pasar por el lugar del accidente, no con la mirada de un hermano vengativo, sino con ojos analíticos.

Volvió a la avenida Juárez. Se paró en la esquina exacta. Miró hacia los dos lados. Contó los pasos que su madre habría tenido que dar para cruzar. Observó la velocidad con que pasaban los vehículos. Intentó recrear mentalmente el instante.

Vio el peligro que representaba esa esquina. Vio la falta de señalización. Vio la imprudencia potencial tanto del peatón como del conductor. Y por primera vez desde la muerte de su madre, comprendió que la verdad podía no ser simple.

Artemisa cerró los ojos.

—Mamá, dame claridad —susurró.

Abrió los ojos y se sorprendió de encontrar frente a ella a una mujer mayor que la miraba con expresión de reconocimiento.

—Usted es la hija, ¿verdad? —preguntó la mujer.

—Sí —respondió Artemisa.

—Su hermano vino el otro día. Pobrecito. Se veía… mal.
Artemisa asintió con tristeza.

—Está sufriendo mucho.

—Yo también vi lo que pasó —continuó la mujer—. Y se lo dije a él: fue rápido. Nadie tuvo la culpa. O todos un poco.

Artemisa sintió un escalofrío. Aquella frase condensaba algo que ella misma había comenzado a intuir.

—Gracias —dijo, sin saber qué más añadir.

Volvió a casa más agotada que nunca. Al entrar, encontró a Daniel en la sala, hojeando un libro que no parecía estar leyendo realmente. Ubaldo no estaba.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Artemisa.

—Salió otra vez —respondió Daniel, con voz apagada.
Artemisa sintió un sabor amargo en la boca.

—Papá… tenemos que hacer algo.

—No podemos controlarlo —respondió él—. Solo podemos acompañarlo.
Artemisa negó con la cabeza.

—No es suficiente.

Daniel levantó la vista, pero sus ojos estaban perdidos.

—¿Qué viste hoy? —preguntó.
Artemisa dejó el bolso sobre la mesa.

—Confusión. Pistas sueltas. Nada concluyente.
Daniel asintió lentamente.

—Así son casi todas las pérdidas —dijo—. No tienen una forma clara.
Artemisa lo miró fijamente.

—Papá, necesito que Ubaldo no haga una locura. Daniel tragó saliva.

—Yo también.

Artemisa se sentó junto a él.

—Entonces ayúdame. Ayúdalo tú. Él te escucha más que a mí. Daniel negó con suavidad.

—No me escucha. No ahora.

—Entonces dile la verdad, papá. Dile que tú crees que mamá pudo haber tenido parte de responsabilidad.

Daniel cerró los ojos, como si aquellas palabras fueran demasiado pesadas.

—No puedo decirle eso.

—¿Por qué no?

—Porque lo destruiría —respondió él—. Y porque no es justo. Tu madre no está aquí para defenderse.

Artemisa desvió la mirada.

—Pero tampoco está aquí para que la conviertan en una mártir perfecta.

Daniel guardó silencio. Sabía que Artemisa tenía razón: Cornelia no era perfecta. Había sido una mujer temperamental, difícil, a veces impaciente. Tenía la costumbre de cruzar las calles apresurada.

La noche cayó sobre la casa lentamente. Artemisa se encerró en su cuarto, extendió sobre la cama las hojas que el oficial le había dado y comenzó a leerlas una y otra vez, tomando notas, marcando coincidencias, buscando patrones que quizás no existían.

Lo hacía no solo por su madre. Lo hacía por su hermano, por su padre, por ella misma. Porque alguien debía sostener la fe en el orden, incluso cuando ese orden parecía desmoronarse.

Cerca de la medianoche, escuchó la puerta principal abrirse. Ubaldo había vuelto. Sus pasos eran pesados, irregulares. Artemisa apretó los dientes. Sabía que no dormiría tranquila mientras ese fuego siguiera creciendo en él.

—Mamá —susurró—, ayúdanos. Pero la casa permaneció en silencio.

Y Artemisa, con su fe intacta pero su espíritu desgastado, comprendió que el orden no siempre basta para contener el caos.

Aun así, decidió seguir luchando contra él.

CAPÍTULO 7

Daniel: el peso de la memoria

Daniel Algeciras Orozco abrió los ojos antes del amanecer, con la respiración agitada y una sensación de humedad en la frente. No había tenido pesadillas, o al

menos ninguna que pudiera recordar con claridad; sin embargo, la angustia seguía allí, instalada como un huésped silencioso que se negaba a marcharse. Miró el techo apenas iluminado por la luz azulada que entraba por la ventana. Cornelia siempre decía que el amanecer era la parte más honesta del día, ese instante en el que la claridad no había terminado de imponerse y el mundo aún no mentía. Daniel pensó en eso y sintió que la garganta se le cerraba.

Desde la muerte de Cornelia, despertaba cada mañana con la sensación de haber perdido una batalla durante la noche. No sabía contra qué luchaba exactamente.

¿El olvido? ¿La culpa? ¿El miedo a seguir viviendo sin ella? A veces pensaba que incluso su forma de respirar había cambiado desde el accidente. Todo en él parecía haber perdido ritmo, cadencia, propósito. Se incorporó lentamente, como si el movimiento tuviera que arrancarse de su cuerpo a la fuerza.

Se puso las pantuflas y cruzó el cuarto en silencio. El aire estaba frío, y aquella frialdad le recordó la morgue: el pasillo helado, el olor a desinfectante, la cortina metálica que se abrió para mostrar el rostro de su esposa. Cornelia parecía dormida, pero en un sueño que no admitía regreso alguno. Daniel había sentido entonces un estremecimiento que no lo abandonaba todavía. A veces, cuando cerraba los ojos, seguía viendo el rostro de Cornelia bajo aquella sábana blanca.

Bajó a la cocina. Era temprano; demasiado temprano para que Artemisa hubiera despertado. Ubaldo, en cambio, probablemente no habría dormido. Los pasos de su hijo se escuchaban algunas noches avanzando por el pasillo, de un lado a otro, como una bestia atrapada buscando salida. Daniel sabía que algo estaba a punto de romperse en Ubaldo, pero no encontraba el modo de alcanzarlo. Intentaba hablarle, intentaba tranquilizarlo, pero cada palabra suya parecía interpretarse como un reproche o como debilidad.

Sirvió café y se quedó mirando el líquido oscuro llenando la taza. Cornelia tomaba el café de una forma particular: siempre agregaba primero el azúcar, luego revolvía con movimientos lentos, casi ceremoniales, y por último aspiraba el aroma antes de beber. Daniel hacía lo mismo ahora, sin darse cuenta. Era un gesto aprendido, pero también una forma de invocarla.

Artemisa bajó las escaleras unos minutos más tarde. Sus pasos eran suaves, pero la expresión en su rostro delataba una noche difícil. No había dormido bien desde el accidente. Daniel lo sabía.

—Buenos días, papá —dijo ella con voz queda.

—Buenos días, hija.

Artemisa se sentó frente a él. Tenía ojeras profundas, el cabello recogido de prisa, los labios apretados como si contuvieran palabras que no sabía cómo decir.

—Ayer fuiste a caminar —comentó ella sin rodeos. Daniel asintió.

—Sí. Pensé que… me ayudaría.

—¿Ayudó?
Daniel dudó.
—No lo sé.

Artemisa lo estudió con cuidado.

—Papá… estoy preocupada por Ubaldo.

—Yo también.

—Está cada vez peor. No habla. O habla solo para discutir. Si lo dejamos así, va a cometer una locura.

Daniel entrelazó los dedos sobre la mesa.

—No sé qué hacer con él. No me escucha.

—Entonces dile algo que le duela —propuso Artemisa, casi en un susurro —. Dile que mamá no siempre fue cuidadosa. Que a veces cruzaba la calle sin mirar. Que pudo haber tenido parte...

Daniel levantó la mano, como quien detiene un golpe.

—No puedo decirle eso.

—¿Por qué?

—Porque lo destruiría —respondió él—. Y porque no es justo. Tu madre no está aquí para defenderse.

Artemisa desvió la mirada.

—Pero tampoco está aquí para que la conviertan en una mártir perfecta.

Daniel guardó silencio. Sabía que Artemisa tenía razón: Cornelia no era perfecta. Había sido una mujer temperamental, difícil, a veces impaciente. Tenía la costumbre de cruzar las calles apresurada, confiando en que los autos la verían. Habían discutido mil veces por eso. ¿Y si aquel día había sido igual? ¿Y si Adrián no la vio porque ella había avanzado sin mirar?

La idea lo torturaba. Pero también lo torturaba lo contrario: ¿y si Adrián sí la había visto? ¿Y si había acelerado? ¿Y si...?

Ese laberinto de dudas lo estaba consumiendo.

—Voy a salir otra vez —dijo Daniel repentinamente. Artemisa frunció el ceño.

—¿A dónde?

Daniel tomó su chaqueta.

—A caminar.

Ella reconoció en esa palabra algo distinto. Algo que no era solo un paseo. Algo que tenía peso.

—Ten cuidado, papá.

—Siempre.

Daniel salió de la casa antes de que el calor del día se intensificara. Caminó sin rumbo por las calles de la colonia, saludó a un par de personas que lo miraban con compasión, cruzó por sitios que parecían cargados con recuerdos invisibles. Pasó frente a la escuela donde Cornelia enseñaba. Vio a los niños entrar con mochilas coloridas, escuchó los gritos, las risas. Se detuvo un instante, recordando cómo su

esposa hablaba de sus alumnos: algunos la desesperaban, otros la enternecían, algunos la llenaban de orgullo.

Cerró los ojos y casi pudo escuchar su voz.
Luego siguió caminando.

Llegó finalmente a la plaza donde él y Cornelia habían discutido años atrás. Recordó la impaciencia de ella, la seguridad con que le decía que la poesía era hermosa, sí, pero no daba de comer. Recordó cómo él había respondido con suavidad, cómo ella había terminado por reírse y había aceptado una tregua. Recordó sus primeros años de matrimonio, tan jóvenes, tan pobres, tan llenos de proyectos.

—Estábamos aprendiendo a vivir —murmuró.

Se sentó en una banca. El sol filtrado entre los árboles iluminaba el polvo suspendido en el aire. Había niños jugando, y una mujer alimentando a unas palomas. El mundo seguía avanzando, indiferente a la tragedia privada de los Algeciras.

Después de varios minutos, Daniel se levantó. Sus pasos lo llevaron, sin que él lo decidiera conscientemente, hacia el cruce de la avenida Juárez. El corazón comenzó a latirle más rápido conforme se acercaba. Al llegar, se detuvo frente al punto exacto donde su esposa había caído. Sintió un nudo subiendo desde el estómago hasta la garganta. Le costaba respirar.

—Aquí… —susurró—. Aquí fue.

No sabía cuánto tiempo permaneció allí. Podían ser minutos o una eternidad. Pero finalmente levantó la vista y vio, del otro lado de la calle, un autobús de la misma ruta que conducía Adrián.

Sintió una pulsación interna.

Sin pensarlo demasiado, caminó hacia la parada y esperó.
Cuando el autobús llegó, subió lentamente. Miró hacia el frente. Y ahí estaba.

Adrián Carmona Luján.

Más cansado de lo que Daniel esperaba. Más envejecido. Más quebrado. Sus miradas se cruzaron.

Adrián bajó los ojos de inmediato, como si sostener la mirada de Daniel fuera un peso insoportable.

Daniel avanzó unos pasos y se sentó cerca de él, lo suficientemente cerca para hablar si lo deseaba, pero no tanto como para intimidarlo.

Durante varios minutos ninguno dijo nada, hasta que Adrián no pudo contenerse.

—Usted es… el esposo. ¿Verdad?
Daniel asintió.

—Sí.

El conductor tragó saliva.

—Lo siento mucho.

—Lo sé.

—No la vi —dijo Adrián con voz apenas audible—. Se lo juro. No la vi.
Daniel cerró los ojos.

—Yo tampoco sé qué pasó.
Hubo un silencio denso.

—No soy un asesino —murmuró Adrián.

—Yo no dije eso.

Adrián apretó el volante.

—Pero su hijo sí lo cree.

Daniel sintió una punzada en el pecho.

—Mi hijo está sufriendo.

—Lo sé. Y yo… también tengo una hija. Daniel abrió los ojos en ese instante.

Adrián tenía lágrimas acumuladas, a punto de desbordarse.

—Ella pregunta por qué estoy triste —continuó—. Y yo… yo no sé cómo explicarle.

Daniel sintió que el mundo se detenía. Todo se volvió lento: el movimiento del autobús, el ruido de los autos afuera, el calor que entraba por las ventanas.

Adrián respiró hondo.

—Si pudiera darle mi vida a su esposa, se la daría. Pero no puedo.

Daniel bajó la mirada. Sentía que algo dentro de él comenzaba a quebrarse, pero no con violencia, sino con una tristeza profunda.

—Yo solo quería entender —
dijo. Adrián asintió.

—Yo también.

El autobús avanzó un par de calles más. Cuando llegó a una parada, Daniel se levantó.

—Cuídese —murmuró.
Adrián inclinó la cabeza.

—Usted también.

Daniel bajó del autobús con pasos lentos. No sabía qué había encontrado en ese encuentro. No sabía si había obtenido paz o más tormenta. Pero supo algo con claridad: Ubaldo debía conocer esa humanidad. Esa fragilidad.

Pero también supo que su hijo no estaba listo para escucharlo. Y esa certeza lo golpeó con más fuerza que cualquier otra cosa.

Mientras caminaba hacia casa, Daniel comprendió que estaba cargando no solo el dolor propio, sino el de sus hijos, y quizás también, de algún modo, el del hombre que había estado al volante.

El peso de la memoria era demasiado.

Pero debía seguir llevándolo.

CAPÍTULO 8

El secreto de la niña

Sofía Carmona siempre había pensado que la escuela era un lugar donde las cosas importantes ocurrían lejos del entendimiento de los niños. Los adultos caminaban por los pasillos con carpetas en la mano, hablando en voz baja, intercambiando miradas que parecían contener secretos a los que ella jamás tendría acceso. Los maestros tomaban decisiones sobre tareas, castigos y permisos sin explicar del todo el porqué. Había un mundo encima de su cabeza, un mundo de reglas invisibles que se obedecían sin discutirse. Y en el centro de ese mundo, al menos en su pequeña realidad, estaba la maestra Cornelia.

No era la única maestra de la escuela, pero para Sofía se había convertido en una especie de figura inamovible, imponente, como esas estatuas que uno ve en las plazas y que no sabe si admira o teme. Desde el primer día que entró al aula y la vio de pie frente al pizarrón, con la espalda recta y el ceño ligeramente fruncido, supo que esa mujer no era como las demás. No sonreía con facilidad. Sus palabras eran precisas, cortantes, sin adornos.

—En este salón se viene a aprender —había dicho aquel primer día—. No a perder el tiempo.

La frase se le quedó grabada. A otros niños parecía no afectarles; algunos, incluso, se esforzaron más para complacer a la maestra. Pero Sofía, que siempre había sido tímida, sintió cómo ese enunciado se convertía en una sombra que la acompañaría en cada tarea, en cada lectura, en cada pequeño descuido.

La relación con los números nunca había sido sencilla para ella. Las letras le resultaban más suaves, más dóciles; le gustaba copiar palabras del pizarrón, inventar pequeñas historias que luego dibujaba en los márgenes de los cuadernos. Pero las multiplicaciones la paralizaban. Los números se le enredaban en la cabeza como hilos sin nudo posible. Cuando Cornelia le pedía pasar al frente para resolver un problema, el corazón se le aceleraba tanto que apenas podía sostener el gis.

Una tarde, después de un ejercicio en el que volvió a equivocarse, la maestra dejó escapar un suspiro audible.

—Sofía —dijo, con voz grave—, no puedes seguir fallando en lo mismo. Esto no es cuestión de suerte. Es cuestión de atención.

La niña bajó la mirada.

—Lo intento, maestra.

—Intentar no basta —respondió Cornelia—. Aquí no estamos para intentarlo. Estamos para lograrlo.

Algunos compañeros rieron en voz baja. Sofía sintió cómo el calor subía desde el cuello hasta las orejas. No lloró. No allí. Lo haría después, en su casa, cuando su padre le preguntara cómo había ido el día y ella respondiera, como casi siempre:

—Bien.

No quería preocuparlo. Sabía cuánto trabajaba. Veía cómo llegaba cansado por las noches, con la camisa pegada al cuerpo y las manos oliendo a metal y a sudor. El pensamiento de añadirle un problema más le resultaba insoportable. Por eso guardaba las lágrimas para el baño de la escuela, para el trayecto de regreso, para la almohada.

Pero el cuerpo de los niños no sabe mentir. Una noche, mientras Adrián calentaba frijoles en la estufa, notó que Sofía, sentada a la mesa con los cuadernos abiertos, no avanzaba en la tarea. Miraba fijamente la hoja, como si las operaciones fueran un enemigo insalvable.

—¿Qué pasó? —preguntó él, acercándose.

—Nada —respondió ella, pasando la página con rapidez.
Adrián se sentó a su lado.

—Sofía, te conozco. Cuando dices "nada" es porque algo te duele. Ella apretó el lápiz con tanta fuerza que la punta se quebró.

—Es que… la maestra se enoja cuando me equivoco.

—¿Cómo que se enoja?

—Me grita. Dice que soy distraída. Que si sigo así, nunca voy a entender nada.

Las palabras salieron de la boca de la niña como pequeñas piedras. Adrián sintió que algo se endurecía en su pecho.

—¿Delante de todos? —preguntó.

Sofía asintió, con los ojos ya vidriosos.

—A veces.

—¿Y tú qué haces?

—Nada. Me quedo callada.

Adrián cerró los ojos un instante. Imaginó el aula, el rostro severo de Cornelia, la fila de pupitres, el cuerpo frágil de Sofía de pie frente al pizarrón. Sintió una punzada de rabia. No era la primera vez que escuchaba historias de maestros excesivamente duros, pero nunca había pensado que su hija estaría en manos de alguien así.

—¿La maestra te ha pegado? —preguntó con cautela.

—No —contestó Sofía—. Pero… a veces me jalonea el cuaderno. O me levanta la voz. Y todos miran.

Para Adrián, esas imágenes bastaron. Su impulso fue levantarse, ir a la escuela, exigir explicaciones. Pero sabía que no era tan sencillo. Sabía que, en muchos casos, los padres eran vistos como exagerados. Sabía, también, que su propia posición social —un conductor de autobús— no le otorgaba mucha autoridad frente a una maestra respetada.

—Mañana voy a hablar con la directora —dijo, casi para sí mismo. Sofía se alarmó.

—No, papá. No hagas eso. Se va a enojar más.

—Tiene que respetarte.

—Después conmigo es peor.

Esa frase quedó suspendida en el aire. Adrián no supo qué responder. Sintió que cualquier acción suya podía empeorar las cosas para su hija. Y al mismo tiempo, la idea de no hacer nada lo carcomía.

Durante varios días, la tensión se instaló en las rutinas. Sofía salía de casa con el estómago apretado, resignada a otra jornada bajo la mirada de Cornelia. Adrián la veía alejarse y se llenaba de una mezcla de orgullo y culpa. Por las noches, la niña se iba a dormir más temprano, como si el sueño fuera su único refugio.

En la escuela, Cornelia continuaba con su estilo firme. No odiaba a Sofía. No era consciente de estar ensañándose con ella. Desde su perspectiva, simplemente exigía lo mismo que exigía a todos: disciplina. Pero esa disciplina caía de manera distinta en cada niño. En Sofía, caía como una losa.

Una mañana, mientras revisaba cuadernos, Cornelia se detuvo en el de Sofía.

—Otra vez mal —dijo, sin levantar la voz, pero con una dureza que se clavó como un cuchillo—. ¿Qué pasa contigo?

La niña bajó la cabeza.

—No sé, maestra.

—No es "no sé". Es que no pones atención.

Los demás niños enmudecieron. Sabían que era mejor no intervenir cuando Cornelia se detenía en alguien. Sofía sintió los ojos de todos sobre ella.

—¿Tu papá no te ayuda con las tareas? —preguntó Cornelia de pronto.

—Llega cansado —murmuró Sofía.

—Pues entonces tendrás que esforzarte el doble —respondió Cornelia—. La vida no va a esperarte.

La frase tenía algo de verdad y algo de crueldad. Cornelia no pensó en la segunda parte. Para ella, era simplemente una lección de realidad. Para Sofía, fue una sentencia.

Aquella tarde, la niña llegó a casa en silencio. No comió con apetito. Adrián la observó, sin saber cómo empezar la conversación.

—¿La maestra volvió a gritarte? —preguntó.
Sofía levantó la vista, con los ojos empañados.

—Dijo que la vida no me va a esperar. Que si no aprendo, me voy a quedar atrás. Adrián apretó los dientes.

—La vida tampoco la esperó a ella —dijo en voz baja, pero Sofía no lo escuchó.

Aquella frase, sin embargo, se quedaría en su mente como un eco cuando, días más tarde, ocurriera el accidente.

La tarde del atropellamiento, Sofía estaba en el aula de otra maestra, terminando una tarea atrasada, cuando una docente entró corriendo para hablar con la directora. El rumor se propagó rápido: un accidente, una

mujer atropellada, una maestra de la escuela. Los niños cuchicheaban. Algunos dijeron el nombre de Cornelia.

Sofía sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Es la maestra Cornelia? —preguntó a una compañera.

—Dicen que sí.

El piso pareció moverse bajo sus pies. No supo qué sentir. No supo si debía llorar, si debía alegrarse de no tener que enfrentarla al día siguiente, si debía arrepentirse de haberla temido tanto. Todo se mezcló en su interior como un remolino.

Cuando llegó a casa, encontró a Adrián sentado en la sala, con la mirada perdida. Nunca lo había visto así. Su padre siempre tenía una palabra, una sonrisa, un gesto cariñoso. Esa tarde, en cambio, parecía un hombre que hubiera envejecido de golpe.

—Papá —dijo ella, con voz temblorosa—. En la escuela dijeron que la maestra Cornelia…

Adrián la miró, y en sus ojos la niña vio algo que no supo nombrar.

—Sí —respondió él—. Fue un accidente.

—¿La atropellaron?

—Sí.

Sofía tragó saliva.

—¿Fuiste tú?

Adrián bajó la mirada.

—Sí.

En ese momento, un universo entero de temores y culpas pareció caer sobre los hombros pequeños de la niña. Durante días, había deseado que la maestra desapareciera, que dejara de gritarle, que algo ocurriera para no tener que verla más. No había deseado su muerte, no con palabras claras, pero sí había imaginado escenarios en los que Cornelia se ausentaba para siempre.

Ahora, su padre le decía que había sido él quien estaba al volante cuando esa ausencia se volvió real.

—¿La odiaste? —preguntó Sofía, con la inocencia brutal de los niños.
Adrián sintió que la pregunta lo atravesaba como un rayo.

—No —respondió de inmediato—. No, hija. No la odié. Sofía lo miró fijamente.

—Pero yo sí la odié a veces.

Las palabras se quedaron flotando entre ellos. Adrián sintió un vértigo moral, como si hubiera abierto una puerta hacia un abismo. ¿Qué podía decir? ¿Que estaba bien que la odiara? ¿Que estaba mal? ¿Que la maestra no merecía tanto rencor? Él mismo no sabía qué pensaba realmente de Cornelia.

—No eres mala por sentir eso —dijo al fin—. A veces la gente nos hiere y no sabemos qué hacer con ese dolor.

Sofía bajó la mirada.

—¿Se murió por mi culpa? —susurró.

Adrián se levantó de golpe, como si lo hubieran empujado.

—¿Qué dices?

—Es que… yo pensaba que ojalá no volviera. Y ahora ya no va a volver.

La niña temblaba. Adrián se arrodilló frente a ella y tomó su rostro entre las manos.

—Escúchame bien, Sofía. Lo que pasó no es culpa tuya. No es culpa de lo que pensaste. No es culpa de nada que tú hayas hecho.

—Pero tú estabas pensando en ella cuando manejabas —insistió la niña, con una lucidez que lo desarmó—. Siempre estás pensando en mí y en lo que me hace. ¿Y si por eso no la viste?

Adrián sintió que el suelo se abría bajo sus pies. La pregunta era la misma que lo había asaltado en la soledad de sus noches: ¿hasta qué punto su rabia contenida, su preocupación por el trato de Cornelia hacia Sofía, habían nublado sus reflejos?

¿Había un hilo invisible que unía el malestar de su hija con el instante del impacto? No lo sabía. Y esa incertidumbre era peor que cualquier certeza.

—No lo sé, hija —murmuró con honestidad brutal—. No sé qué pasó dentro de mi cabeza en ese momento. Solo sé que no quise hacerle daño. Nunca.

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas.

—Tengo miedo —dijo—. Miedo de que vengan por ti. Miedo de que digan que lo hiciste a propósito.

Adrián la abrazó con fuerza.

—Voy a decir la verdad —respondió—. Todo lo que recuerde. Y pase lo que pase, no voy a dejar de ser tu padre.

La niña apoyó la frente en su pecho.

—Si te encierran, yo me quedo sola.

Aquella frase se convirtió en una losa sobre la conciencia de Adrián. Desde entonces, cada vez que pensaba en los Algeciras, en el esposo de Cornelia, en los hijos que la lloraban, pensaba también en Sofía, en su miedo, en ese sentimiento de culpa inexplicable que la atravesaba.

Porque el secreto de la niña no era solo que había odiado a la maestra. Era también que, en algún rincón de su mente infantil, había empezado a creer que el mundo se había movido para cumplir un deseo suyo mal formulado.

Y el secreto de Adrián, por su parte, era que no sabía hasta qué punto su propio resentimiento silencioso, su incapacidad para enfrentar a Cornelia en vida, habían aportado algo —aunque fuera mínimo, aunque fuera intangible— al instante en que no la vio.

Esa mezcla de culpas y miedos se convertiría en parte esencial del conflicto que se acercaba, ese en el que la mirada ardiente de Ubaldo, la firmeza de Artemisa y la fragilidad dolida de Daniel se cruzarían con la pequeña figura de Sofía, una niña que no entendía de leyes ni de venganzas, pero que intuía, con la sensibilidad de los que sufren temprano, que la verdad del mundo rara vez es simple.

Y en medio de todo eso, la figura de Cornelia, severa, contradictoria, seguiría viva en las memorias de todos, como si la muerte no hubiera alcanzado a borrarla por completo de las historias que aún estaban por contarse.

CAPÍTULO 9

El eco de tres verdades

La noche había caído sobre Monterrey con una densidad que parecía anunciar tormenta, aunque el cielo permanecía extraño, tenso, sin nubes suficientes para justificar aquel peso en el aire. En la casa de los Algeciras, ese ambiente cargado encontraba un espejo fiel. Las luces estaban encendidas, pero ninguna iluminaba por completo los rincones; las sombras parecían expandirse como si intentaran ocupar cada hueco de silencio. Artemisa estaba en su cuarto revisando por enésima vez las declaraciones que había obtenido en la Fiscalía. Daniel permanecía sentado en la sala, con un libro abierto sobre las rodillas que no había leído desde hacía más de una hora. Y Ubaldo, aunque técnicamente también en casa, no pertenecía ya a ese espacio: caminaba de un lado a otro dentro de su habitación como un animal que se prepara para escapar de un encierro que él mismo había creado.

Era evidente que el tiempo había dejado de transcurrir del mismo modo para los tres. Ubaldo vivía acelerado, Artemisa vivía calculando, y Daniel vivía en suspensión. Y aunque los tres respiraban bajo el mismo techo, la distancia entre ellos crecía con cada minuto.

Ubaldo, desde su cuarto, escuchó los pasos de su padre en la sala. Apretó la mandíbula. Le molestaba ese sonido lento, vacilante, como si Daniel no supiera qué hacer con su propio cuerpo. ¿Cómo podía seguir moviéndose con esa calma absurda después de todo lo que había pasado? ¿Cómo podía aceptar que la muerte de Cornelia se diluyera entre trámites y explicaciones? Se recargó contra la pared y cerró los ojos. La imagen de Adrián y de la niña regresó a su mente. Esa mezcla de ternura y rabia lo tenía descolocado. ¿Era posible que aquel hombre no fuera el monstruo que él necesitaba que fuera? Esa pregunta era una provocación insoportable.

Golpeó la pared con el puño. El sonido seco hizo que Artemisa levantara la mirada desde su escritorio.

—Otra vez —murmuró—. Él así no puede seguir.

Salió de su cuarto con decisión. Había postergado esa conversación demasiado tiempo. La familia se les estaba desmoronando frente a los ojos, y si nadie hacía algo, la grieta se volvería definitiva. Tocó la puerta de Ubaldo.

—¿Qué? —respondió él desde dentro, con un tono defensivo.

—Ubaldo, abre. Necesito hablar contigo.

Hubo un silencio breve antes de que la puerta se entreabriera.

—No quiero hablar —dijo él, aunque su voz tembló apenas.

—Pues yo sí —respondió Artemisa, entrando sin esperar

invitación. Ubaldo dio un paso atrás, irritado.

—Ya empezaste.

—¿A qué te refieres?

—A venir a decirme que estoy exagerando, que tengo que esperar, que la justicia hará lo suyo.

Artemisa lo miró fijamente.

—No vengo a decirte eso. La respuesta lo desconcertó.

—¿Entonces qué vienes a decir? Artemisa respiró hondo antes de hablar.

—Que entiendo tu rabia.

Ubaldo sintió que algo se movía en su interior, como si una piedra se hubiera removido de golpe.

—¿Qué entiendes tú? —preguntó él con amargura—. Tú siempre quieres que todo sea frío, ordenado. Yo no puedo ser así.

—No te estoy pidiendo que seas así —respondió ella, acercándose—. Pero tampoco puedo quedarme aquí viendo cómo te destruyes. Y cómo nos destruyes.

Ubaldo apretó los puños.

—Nadie se está destruyendo.

—Tú sí —dijo ella con voz firme—. Estás consumido por algo que no sabes si es verdad. Y eso te vuelve peligroso incluso para ti mismo.

Ubaldo golpeó la mesa con la palma.

—¡Yo sé lo que vi! ¡Sé lo que esa familia está escondiendo! Artemisa lo miró con compasión, no con juicio.

—No viste nada, Ubaldo. No estabas ahí. Ninguno de nosotros estaba. Él quiso responder, pero no encontró palabras.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó finalmente. Artemisa bajó la voz.

—Que me escuches.

Ubaldo, sorprendentemente, se quedó quieto. Como si en el fondo esperara esa frase desde hacía días.

Artemisa comenzó a hablar lento, escogiendo cada palabra con cuidado.

—Fui a la Fiscalía. Hablé con el oficial Ramírez. Leí las declaraciones. Fui al lugar del accidente. No hay claridad en nada. Nadie vio lo suficiente. Nadie puede decir con certeza si tu mamá cruzó sin mirar o si Adrián iba distraído o si fue simplemente un instante fatal.

Ubaldo apretó la mandíbula.

—¿Y tú qué crees?

Artemisa dudó. No porque no supiera la respuesta, sino porque sabía cuánto podía doler.

—Creo que… mamá pudo haber cometido un error.

El rostro de Ubaldo se contrajo. Era como si esas palabras lo hubieran golpeado físicamente.

—¿Cómo te atreves? —murmuró con voz baja, temblorosa—. ¿Cómo puedes decir eso de mamá?

—Porque la amaba —respondió Artemisa—. Porque la conocía. Porque sé cómo era. Tú también lo sabes.

Ubaldo dio un paso atrás.

—Mamá no tenía errores.

Artemisa sintió una punzada en el pecho.

—Todos los tenemos.

—¡Ella no! —gritó.

Daniel apareció en la puerta en ese momento, alarmado por los gritos.

—¿Qué está pasando aquí?
Artemisa lo miró con desesperación.

—Papá… ayúdame.

Daniel avanzó, pero Ubaldo levantó la mano para detenerlo.

—Ni se te ocurra —le dijo a su padre—. Tú menos.

Daniel sintió que algo dentro de él se rompía un poco más.

—Hijo…

—¡No me digas hijo como si entendieras algo! —rugió Ubaldo—. Tú eres el primero que quiere olvidar lo que pasó. Eres el primero que quiere perdonar al asesino.

Daniel cerró los ojos un instante.

—No lo estoy perdonando. Solo estoy tratando de entender.

—¡No hay nada que entender! ¡La mató! ¡Ese hombre la mató!

El eco de su voz resonó por toda la casa. Artemisa sintió ganas de llorar. Daniel sintió ganas de abrazarlo. Pero ninguno pudo acercarse.

Ubaldo respiraba agitado, como si cada palabra hubiera sido arrancada del pecho.

—¿Saben qué? —dijo finalmente—. No voy a discutirme más con ustedes.

—Ubaldo… —susurró Artemisa.

—Ya tomé una decisión.

Artemisa sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué decisión?

Él no respondió de inmediato. Caminó hacia la ventana, la abrió y dejó entrar el aire fresco de la noche. Parecía estar luchando internamente, como si una parte de él quisiera decirlo y otra parte quisiera callarlo para siempre.

Finalmente, habló.

—Voy a enfrentarlo.

Artemisa palideció.

—¿Qué significa eso?

Ubaldo se volvió hacia ella con los ojos inflamados.

—Que voy a hablar con él. O a hacer que hable. Como sea. Daniel dio un paso al frente.

—No lo vas a hacer.
Ubaldo se rio sin humor.

—¿Me lo vas a impedir tú?

Daniel sintió que el miedo se convertía en urgencia.

—Ubaldo, ese camino no tiene regreso.

—No lo necesito —respondió él.

Artemisa sintió el impulso de tomarlo del brazo, de evitar que saliera, de detenerlo como fuera. Pero algo en la expresión de Ubaldo le dijo que nada sería suficiente.

—Ubaldo, por favor… —murmuró ella. Él respiró hondo.

—No puedo vivir sin hacer nada. Daniel negó con la cabeza.

—No es hacer nada, hijo. Es esperar. Es confiar. Es sobrevivir.

—Yo no quiero sobrevivir —respondió Ubaldo, con voz rota—. Quiero que alguien pague.

El silencio que siguió fue devastador. Artemisa sintió que sus piernas flaqueaban. Daniel sintió que su corazón se encogía. Ubaldo sintió que las palabras que acababa de pronunciar le habían dado forma definitiva a un destino del que ya no podría escapar.

Finalmente, dio media vuelta.

—Me voy mañana temprano.
Artemisa se interpuso.

—¿A dónde?

—A donde necesite.

Ella intentó decir algo, pero él salió de la habitación antes de que pudiera formular una palabra más.

Daniel se dejó caer en la silla junto al escritorio. Artemisa se sentó en la cama. Ninguno habló. Ninguno tenía fuerzas para hacerlo.

La casa entera pareció estremecerse.

Fue entonces cuando Daniel rompió el silencio.

—Tenemos que detenerlo.
Artemisa lo miró, sorprendida.

—¿Cómo?

Daniel tragó saliva.

—Diciéndole la verdad.

—¿Cuál verdad?
Daniel bajó la mirada.

—Que yo ya hablé con Adrián.
Artemisa sintió un escalofrío.

—¿Cuándo?

—Hoy —respondió él, con voz apenas audible.
Artemisa se cubrió la boca con la mano.

—Papá… Daniel
asintió.

—Tengo que decírselo. Y tú también. No podemos dejarlo caminar hacia algo que lo va a destrozar.

Artemisa respiró hondo.

—¿Crees que te escuchará?
Daniel negó lentamente.

—No. Pero debemos intentarlo.

Afuera, la noche seguía en silencio, como si el mundo contuviera el aliento ante lo que estaba por ocurrir.

Porque en ese instante, aunque ninguno de los tres pudiera preverlo por completo, la decisión de Ubaldo había puesto en marcha un choque inevitable.

Un choque entre la venganza, la justicia y el perdón.

Un choque que se acercaba con la velocidad de un destino ya elegido. Y ninguno saldría intacto.

CAPÍTULO 10

Artemisa en la balanza

Artemisa despertó con la sensación de que el día ya estaba gastado antes de comenzar. No había dormido más que retazos de sueño inquieto, saturados de imágenes confusas: el cuerpo de su madre tendido en el pavimento, un autobús sin conductor deslizándose por la avenida Juárez, un salón de clases vacío donde las voces de los niños resonaban sin dueño. Abrió los ojos y tardó unos segundos en ubicar el cuarto, la ventana, la silla en la que había dejado la ropa del día anterior. Todo le pareció ligeramente desfasado, como si no encajara del todo en la realidad que conocía desde niña.

Se incorporó despacio, sintiendo una pesadez extraña en los brazos y en las piernas. Sobre el escritorio, el expediente de la Fiscalía reposaba abierto, con varias hojas subrayadas y esquinas dobladas. Lo había leído tantas veces que podría recitar fragmentos de memoria, pero cada relectura no hacía sino aumentar la

sensación de algo incompleto. Había datos, sí, pero también huecos. Había términos técnicos, pero también silencios. El expediente se le aparecía como una especie de metáfora cruel de la justicia: imprescindible y, al mismo tiempo, insuficiente.

Se lavó la cara con agua fría, se recogió el cabello en un chongo apresurado y se vistió sin demasiada atención en los detalles. Al salir de su cuarto, escuchó el silencio peculiar de la casa. Era distinto al silencio de otras épocas, cuando Cornelia salía temprano a la escuela y Daniel aún dormía. Este era un silencio que pesaba, un silencio sin la posibilidad de un regreso. Pensó en Ubaldo y en la forma en que él también se movía dentro de ese silencio, como un animal enjaulado.

Bajó a la cocina y encontró a su padre sentado frente a una taza de café casi intacta. Tenía los ojos perdidos en ningún sitio en particular y las manos entrelazadas, como si rezara sin palabras.

—Buenos días, papá.

Daniel tardó un instante en reaccionar. Levantó la mirada, forzó una sonrisa.

—Buenos días, hija.

—¿Dormiste algo?

—Lo suficiente para seguir respirando —respondió él, con un intento de humor que se deshizo en el aire.

Artemisa tomó una taza, se sirvió café y se sentó frente a él. No mencionó de inmediato a Ubaldo ni la discusión de la madrugada anterior. Sabía que cualquier palabra mal ubicada podía avivar un incendio.

—Voy a ir otra vez a la Fiscalía —dijo al fin. Daniel asintió, como si lo hubiera esperado.

—¿Para qué?

—Quiero revisar de nuevo los peritajes, las declaraciones. Ayer encontré cosas que no me cuadran.

—La justicia nunca cuadra del todo —murmuró Daniel.

—Lo sé —respondió ella—, pero no puedo basarme en intuiciones. Si voy a pedirle a Ubaldo que confíe en el proceso, necesito estar segura de que el proceso no es una farsa.

Daniel la miró con una mezcla de orgullo y tristeza.

—Tú todavía crees en eso.
Artemisa sostuvo esa mirada.

—Sigo creyendo. No igual que antes, pero sigo creyendo. Y aunque no creyera, no quiero convertirme en lo que Ubaldo se está convirtiendo.

Daniel bajó la vista a la mesa. Sus dedos jugaron un momento con el borde de la taza.

—Ten cuidado —dijo.

—Lo tendré.

Salió de la casa con el expediente bajo el brazo y la convicción resquebrajada, pero aún en pie. El camino hacia la Fiscalía le pareció más largo de lo habitual, aunque sus pies avanzaban con rapidez. Mientras caminaba, pensó en las innumerables discusiones en clase sobre ética, derecho, literatura y poder. Recordó profesores citando a filósofos que hablaban de la ley como un pacto social, una ficción necesaria para evitar que la venganza se desbordara. En aquellos días, ella asentía convencida. Hoy, en cambio, sentía que estaba caminando sobre una cuerda floja tendida entre dos abismos: de un lado, la fe en la justicia; del otro, el vértigo de reconocer sus grietas.

Entró al edificio gris de la Fiscalía, respiró el olor a papel viejo y trámites acumulados, y se dirigió a la oficina del oficial Ramírez. Lo encontró revisando otra carpeta, con el ceño fruncido y los lentes deslizándose hacia la punta de la nariz. Levantó la vista al escucharla.

—Buenos días, oficial —dijo.

—Señorita Algeciras. Otra vez aquí.

—Sí. Necesito volver a ver el expediente de mi madre. Todo, no solo los resúmenes: los peritajes originales, las declaraciones completas, las notas internas.

Ramírez se recargó en el respaldo de la silla.

—Ya se lo dije: el caso está en proceso. No tenemos conclusiones.

—No busco conclusiones —respondió Artemisa—. Busco consistencias. O la falta de ellas.

El oficial la observó unos segundos. Había en ella una firmeza distinta a la del primer día, menos ingenua, más afilada.

—Está bien —concedió al fin—. Pero no espere milagros. Este no es un capítulo de novela policiaca.

Se levantó, abrió un archivero metálico y extrajo una carpeta considerablemente más voluminosa que la que ella conocía. La colocó sobre la mesa con un golpe seco. El sonido resonó en la habitación como una especie de advertencia.

—Aquí está todo lo que tenemos.

Artemisa abrió la carpeta y comenzó a revisar hoja por hoja. Primero, las declaraciones. Reconoció algunas que ya había leído en resumen y descubrió fragmentos nuevos que no le habían mostrado. Un testigo aseguraba que Cornelia había cruzado la calle con prisa, mirando hacia la izquierda pero no hacia la derecha. Otro afirmaba que ella caminaba distraída, con la vista en el suelo. Un tercero insistía en que el autobús iba más rápido de lo permitido, aunque no podía precisarlo. Había contradicciones en los detalles, en los tiempos, incluso en la ropa que describían.

—¿Por qué no me dieron esto desde el principio? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Porque son versiones sin verificar —respondió Ramírez—. No queremos que las familias se alimenten de hipótesis que luego se derrumban.

—Las hipótesis se derrumban solas —murmuró ella—. No necesitan ayuda.

Siguió pasando hojas. Llegó al informe del perito Ortiz y frunció el ceño. El documento parecía mutilado: párrafos incompletos, referencias a anexos inexistentes, un cuadro de mediciones sin encabezado.

—Este informe está mal —dijo con firmeza. Ramírez se inclinó hacia adelante.

—Ortiz está suspendido —reconoció—. Tuvimos que revisar varios de sus trabajos. Probablemente este habrá que repetirlo.

—¿Probablemente? —replicó Artemisa—. ¿Se da cuenta de lo que eso significa para nosotros? Mi madre murió en esa esquina. Y el peritaje que debe decirnos cómo fue está en manos de un expediente defectuoso.

El oficial bajó la mirada unos segundos.

—Lo sé —respondió—. Pero no puedo inventar una certeza que no tenemos. El caso sigue en investigación precisamente porque hay demasiados puntos oscuros.

Artemisa respiró hondo. Sabía que no iba a obtener del sistema una contundencia que este no podía ofrecerle. Pero aun así, necesitaba empujar.

—¿Van a repetir el peritaje? —insistió.

—Es lo que corresponde —dijo él—. Pero dependerá de los tiempos, de la carga de trabajo, de la disponibilidad de otro perito.

El lenguaje administrativo le cayó encima como una lluvia fría. Tiempos, carga de trabajo, disponibilidad. Su vida familiar, su duelo, la rabia de Ubaldo, todo eso sometido a esas palabras impersonales.

Pasó a otro documento. Un reporte de la empresa de transporte. Allí se indicaba que la cámara del autobús no había grabado nada esa mañana porque el sistema estaba descompuesto. También se mencionaba una falla intermitente en el registro electrónico de la velocidad.

—La cámara no funcionaba —dijo ella en voz alta—. Y el velocímetro tampoco. Qué conveniente.

Ramírez hizo un gesto con la mano.

—Es un camión viejo. No es raro.

—No es raro —repitió Artemisa—, pero cada falla suma opacidad.

Cerró la carpeta por un momento y se recargó en la silla. Miró al oficial directamente.

—Dígame, oficial —preguntó—. Si usted fuera hijo de la mujer que murió ahí, con este expediente en la mano, ¿tendría fe en que el sistema le dará una respuesta justa?

Ramírez no respondió de inmediato. Se quitó los lentes, se frotó el puente de la nariz y volvió a colocarlos.

—No se trata de fe —dijo al final—. Se trata de procedimientos.

—Pero para quienes estamos afuera —replicó ella—, solo existe la fe. Nosotros no podemos rehacer los peritajes, ni interrogar testigos bajo juramento, ni exigir cámaras que no existen. Solo podemos confiar en que ustedes hagan bien su trabajo.

—Y lo hacemos —dijo él, aunque su voz sonó más cansada que convencida.

Artemisa no discutió. Sabía que aquel hombre era apenas una pieza más del engranaje, no el responsable absoluto de sus fallas. Agradeció en voz baja y salió de la oficina con el expediente aún más pesado que antes.

En lugar de ir directo a casa, decidió caminar. Necesitaba un espacio entre la burocracia y el comedor donde su padre la miraría buscando una respuesta que ella no tenía. Caminó por varias calles sin rumbo fijo, hasta que sus pasos la llevaron, de manera casi inconsciente, hacia la avenida Juárez. Se detuvo en la esquina del accidente.

El tráfico era el de siempre: autos apurados, camiones, motocicletas zigzagueando entre los demás. No había ninguna marca visible que señalara lo ocurrido días atrás. Ninguna placa, ninguna cruz, ninguna señal luminosa. Artemisa se quedó frente al cruce, imaginando a su madre avanzando por la banqueta, mirando quizá hacia los alumnos a los que iba a dar clase, pensando en algo trivial, en el desayuno, en un regaño pendiente. Intentó reconstruir el momento exacto en que el autobús apareció en su campo de visión, la fracción de segundo en que pudo o no haber calculado mal la velocidad, el instante en que el conductor pudo o no haber reaccionado a tiempo.

Todo era una sucesión de condicionales. Nada era firme.

Se dio cuenta, con un nudo en la garganta, de que probablemente nunca sabría la verdad completa. El expediente podría mejorar, los peritajes repetirse, los testigos ser interrogados de nuevo, pero siempre quedaría un margen de incertidumbre. La justicia que ella defendía no tenía el rostro nítido que imaginó en sus años de estudiante. Era borrosa, fragmentaria, humana.

Cerró los ojos y respiró hondo. Pensó en Ubaldo, en su determinación ciega de encontrar en Adrián un enemigo perfecto, una figura a la que adjudicar toda la culpa. Pensó en Daniel, esforzándose por comprender en medio del dolor, ahogándose en matices. Pensó en ella misma, parada en esa esquina, con el expediente en las manos, sintiéndose partida en dos: de un lado, la necesidad de creer en el sistema; del otro, la tentación de aceptar que tal vez Ubaldo tenía razón al desconfiar.

No, se dijo en silencio. No voy a caer ahí.

Abrió los ojos. El semáforo cambió de rojo a verde. Los autos avanzaron. Una mujer cruzó apresurada con un niño tomado de la mano. Artemisa la siguió con la mirada hasta que desapareció al otro lado de la avenida. Pensó que ella también estaba cruzando una avenida interior, peligrosa, entre la rabia y la ley. No sabía si el sistema sería capaz de responder con justicia, pero sí sabía que no quería parecerse a los hombres que solo saben castigar. Mientras regresaba a casa, apretó el expediente contra el pecho y se juró a sí misma que, aunque dudara, no abandonaría la balanza en la que había decidido sostenerse.

CAPÍTULO 11

El eco de dos caminos

La mañana avanzaba con la indiferencia propia de los días en los que algo crucial está a punto de suceder. El aire parecía más denso, como si arrastrara consigo el peso acumulado de los últimos días. En la casa de los Algeciras el silencio había adquirido un tono particular, no el silencio del descanso ni el del duelo, sino el de la anticipación: una espera cargada de tensión en cada esquina, en cada objeto, en cada respiración. Daniel había regresado un par de horas antes y apenas había tenido tiempo de cambiarse la camisa. Su mente seguía en la pequeña sala de la casa de Adrián, con la imagen de Sofía asomándose por la puerta, preguntando con un susurro tembloroso si su padre estaría bien. Esa pregunta lo seguía como una sombra. Sentía que la mañana se movía hacia un punto inevitable y terrible, y aun así no se permitía detenerse.

Caminó por la sala de su propia casa con pasos lentos, casi arrastrados, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera hacer que todo se desmoronara de golpe. Tenía la mirada fija en la puerta, esperando escuchar los pasos de Artemisa, quien no había regresado desde la visita a la Fiscalía. Había intentado llamarla un par de veces, pero no obtuvo respuesta. No sabía si eso debía preocuparlo más que el silencio mismo. El reloj marcaba las nueve de la mañana cuando escuchó la llave girar en la cerradura. Daniel se apresuró a recibirla.

—Hija —dijo al verla entrar—. ¿Estás bien?

Artemisa cerró la puerta con suavidad, como si el simple gesto mereciera una especie de ritual contenido. Se veía agotada, con el rostro tenso y los ojos enrojecidos no por el llanto, sino por la fatiga y la frustración.

—Estoy aquí —respondió—. No sé si eso es estar bien, pero estoy aquí.

Daniel asintió. No insistió. Había aprendido que las preguntas a veces son cuchillos en lugar de puentes.

—¿Supiste algo? —preguntó ella al fin.

—Estuve con él —respondió Daniel—. Con Adrián. Me escuchó. Pero no sé si eso sirva de algo.

Artemisa dejó el expediente sobre la mesa del comedor. Se sentó sin quitarse ni la bolsa ni la chaqueta, como si temiera que, si se acomodaba demasiado, sucumbiría al cansancio.

—En la Fiscalía no saben nada nuevo —dijo—. No saben ni siquiera si podrán repetir los peritajes pronto. Todo está detenido. Es como si el tiempo ahí adentro fuera más lento.

Daniel se frotó la frente.

—Y mientras, Ubaldo…

—Mientras, Ubaldo se mueve más rápido que la verdad —dijo Artemisa—. Eso es lo que más me preocupa.

Ambos guardaron silencio unos segundos. Era un silencio denso, como si la habitación se hubiera convertido en un espacio cerrado donde las palabras no podían escapar. Artemisa se quitó la bolsa del hombro y sacó el retrato de Cornelia.

—La justicia… —dijo en voz baja—. No es lo que pensé que era, papá. No es tan firme. No es tan clara.

Daniel se acercó y se sentó frente a ella.

—Lo sé.

—Pero aun así —continuó Artemisa—, no quiero renunciar a ella. Aunque sea lenta. Aunque sea torpe. Aunque no tenga respuestas todavía.

Daniel la miró con una mezcla de orgullo y una preocupación más profunda.

—Hija… no tienes que cargar con el peso del mundo.
Artemisa sostuvo la mirada.

—No cargo al mundo. Cargo la memoria de mamá. Y ahora también cargo el miedo por Ubaldo.

Daniel bajó la mirada. Por un instante sus hombros temblaron.

—Yo lo sentí cerca del abismo —dijo—. Lo vi en sus ojos. En cómo hablaba. En cómo respiraba. No sé si pueda detenerlo.

—Si no lo detenemos… —respondió Artemisa—, lo perderemos.

La frase quedó flotando en la habitación como un presagio. No era una exageración, sino una certeza dolorosa.

Daniel se levantó de golpe.

—Voy a salir otra vez —dijo—. No puedo quedarme aquí esperando.
Artemisa también se levantó.

—Yo voy contigo.

Daniel parecía dispuesto a protestar, pero se detuvo. Sabía que no tenía sentido discutir con ella. Sabía también que, en el fondo, necesitaba esa compañía.

—Está bien —dijo—. Pero antes de salir, revisemos de nuevo lo que sabemos.

Artemisa abrió el expediente sobre la mesa. Las hojas se desparramaron como un abanico de confusiones y omisiones.

—Si Ubaldo va hacia la casa de Adrián —dijo—, no sabemos exactamente cuánto le falta. Pero él no conoce bien la zona. Es probable que tenga que preguntar, que se pierda, que dé vueltas. Eso nos da tiempo.

Daniel asintió.

—Y Adrián… él está asustado. No creo que vaya a salir. Eso significa que, si Ubaldo llega, lo encontrará en casa.

Artemisa cerró los ojos un instante.

—Un hombre asustado en su casa. Y otro hombre furioso que cree que ahí encontrará justicia.

Daniel sintió un escalofrío.

—Por eso tenemos que llegar antes.

Artemisa tomó el abrigo y recogió el cabello. Tenía un aspecto firme, aunque la sombra de la duda aún temblaba detrás de sus ojos.

—Vamos —dijo.

Salieron de la casa y caminaron hacia la calle. El día había empezado a calentarse, pero el viento seguía teniendo un filo extraño. El tráfico no era demasiado pesado, aunque se adivinaba el bullicio típico de la ciudad a punto de entrar en su ritmo matutino. Mientras avanzaban hacia la parada del camión, Daniel no podía evitar que su mente volviera a la conversación con Adrián.

Recordó cada detalle: cómo el hombre se había quedado paralizado al escucharlo hablar de Ubaldo, cómo había buscado con la mirada a Sofía como si su sola presencia pudiera protegerlo de cualquier peligro. Recordó también el temblor casi imperceptible en su voz cuando le preguntó si su hijo iba armado, si llevaba algo, si podía lastimarlo. Daniel había sentido un profundo dolor entonces. No porque creyera que Ubaldo fuera capaz de matar a Adrián, sino porque comprendió que la posibilidad existía. El dolor podía convertir a un hombre en algo que él mismo no reconocería.

Cuando llegaron a la avenida principal, Artemisa se detuvo.

—Papá… —dijo—. ¿Qué te dijo exactamente Adrián? ¿Qué sentiste cuando lo viste?

Daniel tardó un momento en responder.

—Sentí miedo —dijo—. No miedo de él. Miedo por él. Y por Ubaldo. Sentí que la distancia entre ellos era más pequeña de lo que imaginamos. Y que cualquiera de los dos podía cruzarla sin darse cuenta.

Artemisa lo miró con gravedad.

—¿Crees que Ubaldo podría hacerle daño? Daniel no respondió de inmediato.

—Creo que Ubaldo ya no está razonando —dijo—. Y cuando una persona deja de razonar, todo es posible.

El camión llegó y se subieron. El trayecto fue silencioso, roto solo por el traqueteo de las ventanas y el ruido lejano del tráfico. Artemisa observaba por la ventana, tratando de identificar puntos de referencia que pudieran acortar su camino hacia la casa de Adrián. Daniel, en cambio, observaba sus manos. Le temblaban ligeramente. Intentó controlarlo, pero la tensión no cedía.

—Papá —dijo Artemisa sin dejar de mirar afuera—. Si llegamos y Ubaldo ya está ahí… ¿qué haremos?

Daniel no tenía una respuesta satisfactoria. Pero tenía una que, al menos, era honesta.

—Haremos lo que podamos —dijo—. Pero no lo dejaremos solo.

Cuando bajaron del camión, se encontraron en una colonia distinta a la suya, con calles estrechas, casas pequeñas y paredes de colores desgastados por el sol. Daniel creyó reconocer dos esquinas antes de estar completamente seguro.

—Es por aquí —dijo, señalando hacia el fondo de la calle.

Artemisa apretó el paso. Su respiración se volvió más rápida, no por el esfuerzo, sino por la ansiedad que crecía con cada metro.

—Si Ubaldo preguntó por la dirección —dijo Daniel—, quizás ya esté cerca.

—Entonces apuremos —respondió Artemisa.

Cuando doblaron la esquina, Daniel se detuvo un momento para orientarse. Reconoció la casa azul pálido al final de la calle. Allí. Ese era el lugar donde Adrián y su hija estaban esperando, quizás rezando, quizás temiendo que el destino les cayera encima con la fuerza de un golpe.

—Allí —dijo Daniel.

Artemisa siguió la dirección de su mirada. Sintió que el estómago se le contraía.

—¿Crees que ya llegó?
Daniel negó lentamente.

—No veo a nadie afuera. Pero no podemos confiar en eso.

Avanzaron hacia la casa. A medida que se acercaban, podían distinguir detalles: la puerta entreabierta, la cortina moviéndose apenas, un par de juguetes en el jardín. Daniel sintió una punzada intensa al recordar a Sofía, su mirada de miedo.

—Escúchame, hija —dijo antes de tocar la puerta—. No importa lo que pase, mantén la calma.

Artemisa asintió. Daniel levantó la mano y tocó.

Del otro lado, un silencio espeso. Luego, pasos lentos. La puerta se abrió despacio. Adrián apareció, con la expresión tensa y los ojos enrojecidos, como si no hubiera dormido.

—Señor Algeciras... —dijo, apenas audible—. ¿Viene
solo? Daniel negó.

—Vengo con mi hija —respondió—. Necesitamos hablar.

Adrián abrió la puerta un poco más y miró hacia la calle con evidente temor.

—¿Él...?

Artemisa intervino.

—No lo hemos visto. Pero tenemos que encontrarlo.
Adrián tragó saliva.

—Está cerca, ¿verdad?
Daniel asintió.

—Sí. Y por eso tenemos que hablar ahora.

Adrián los dejó pasar. La casa olía a café frío y a preocupación. Sofía estaba sentada en una silla, abrazando una muñeca. Levantó la vista cuando vio a Artemisa, pero no dijo nada.

Daniel sintió que el aire se cortaba. Allí estaban todos los caminos convergiendo hacia un punto común: el dolor de unos, el miedo de otros, y el destino de la mañana suspendido en un equilibrio frágil.

—Adrián —dijo Daniel con voz firme—. Ubaldo viene buscando respuestas. Y no está en condiciones de oírlas.

—Lo sé —respondió Adrián—. Por eso tengo miedo.

Artemisa se acercó a él.

—No queremos que nada malo suceda —dijo—. Pero él necesita entender algo que solo tú puedes decirle.

Adrián respiró hondo.

—¿Y si no me cree? ¿Y si piensa que miento?
Daniel respondió sin dudar.

—Entonces estaremos nosotros. Para sostener la verdad.

El silencio que siguió fue breve, pero denso. Como la pausa antes del cruce de dos destinos.

Afuera, en la calle, los pasos de un joven comenzaron a resonar sobre el pavimento. Ubaldo había llegado.

CAPÍTULO 12

CONFLUENCIA: TRES CAMINOS, UNA SOLA VERDAD

Ubaldo avanzó por la calle con la sensación de que el suelo lo empujaba hacia adelante. No pensaba en regresar. Desde que una vecina le apuntó con la mano la dirección del conductor del camión y mencionó la casa azul con una bicicleta recargada afuera, cada paso le había confirmado que estaba caminando hacia un punto sin retorno. El aire tibio de la colonia, cargado de polvo y olor a comida temprana, no conseguía distraerlo. Todo lo que no fuera la idea de llegar a ese hombre se convertía en ruido de fondo.

Al doblar la esquina la vio. No era el escenario dramático que había imaginado en sus noches de rabia, sino una casa pequeña, con pintura azul gastada, una ventana a medio cubrir, dos macetas secas y la bicicleta infantil apoyada en la pared. Precisamente esa normalidad lo golpeó con más fuerza que cualquier imagen de horror. Allí, detrás de esa puerta, seguía existiendo una vida que no había sido arrancada, una rutina que se mantenía pese a todo. Pensó en Cornelia, en el cuerpo inerte sobre el asfalto, en el ataúd, en su propia promesa de no dejar que la muerte se diluyera en papeles. Sintió que el pecho le ardía.

Se detuvo frente a la puerta. El corazón le latía tan fuerte que le parecía que cualquiera podría oírlo desde dentro. Levantó la mano para tocar, pero antes de hacerlo la puerta se abrió.

Daniel apareció en el umbral, con el rostro exhausto y los ojos hinchados. Por un segundo ninguno de los dos dijo nada. Había algo de absurdo en encontrarse allí, padre e hijo, frente a la casa del hombre al que uno quería comprender y el otro castigar.

—Hijo —dijo Daniel por fin.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ubaldo, con una aspereza que intentó disimular sin éxito.

Detrás de Daniel asomó Artemisa. Sus ojos estaban enrojecidos, pero se mantenían firmes. Al ver a su hermano en la puerta, sintió que todo lo que había pensado en la

Fiscalía se comprimía en una única urgencia: impedir que cruzara una línea de la que no pudiera volver.

—¿Entraste? —añadió Ubaldo, mirando a su padre—. ¿Ya estás adentro con él?

¿Ya se sientan a entenderse?
Daniel respiró hondo.

—Estoy aquí porque no quiero que lo enfrentes solo.

—Yo no vine a hablar —respondió Ubaldo.

—Justo por eso —replicó Daniel—. Porque tú no vienes a hablar.
Artemisa dio un paso adelante.

—Ubaldo, escúchame un momento.

—Ya te escuché —dijo él—. Escuché que los peritajes están mal hechos, que el velocímetro no sirve, que la cámara no grabó. Escuché que nada está claro. Y para ustedes eso es una duda. Para mí es la confirmación de que, al final, van a decir que fue un accidente y se acabó.

—También significa —repuso Artemisa— que nadie puede decir que lo hizo con dolo. Nadie puede decir que la vio y decidió atropellarla.

—Yo solo sé que mi madre está muerta —respondió él—. Y que él iba manejando. Desde el interior de la casa se oyó una voz opaca.

—Señor Algeciras —dijo Adrián—, si es su hijo, que pase. No quiero que se quede afuera como si me estuviera cazando.

El tono cansado, más humano que amenazante, irritó a Ubaldo. No quería humanidad. Necesitaba un villano claro.

—¿Ya se hablan así? —dijo, mirando a Daniel—. ¿Ya somos casi familia?

—No —respondió Daniel—. Somos personas que tienen que vivir con lo que pasó. Todos.

Artemisa se hizo a un lado.

—No te voy a impedir entrar —dijo—. Pero no vas a entrar solo. Y no vas a entrar sin saber que, hagas lo que hagas aquí dentro, te va a acompañar toda la vida.

Ubaldo vaciló apenas un instante. Era la primera vez en días que dudaba. Luego cruzó el umbral.

El interior de la casa era sencillo. Un sillón gastado, una mesa pequeña, una estufa en el fondo. Olía a café recalentado y a ropa recién lavada. Adrián estaba de pie junto a la mesa, con los hombros hundidos. Sofía, sentada en una silla, sostenía una muñeca contra el pecho. Ella fue la primera en mirar a Ubaldo; sus ojos grandes, desbordados de miedo, le provocaron una incomodidad que no quiso reconocer.

Adrián alzó la vista y lo miró apenas un segundo antes de bajarla.

—Usted es el hijo —dijo.

—Soy el hijo de la mujer a la que mataste —respondió
Ubaldo. No le dio nombre. Lo identificó solo por el acto.

Adrián asintió, tragar saliva le costó.

—Sí.

El silencio se hizo pesado. Daniel y Artemisa permanecieron cerca de la puerta, sin interponerse. Sofía apretó la muñeca con tanta fuerza que sus dedos quedaron blancos.

—Quiero que me digas cómo fue —dijo Ubaldo—. Quiero que me digas si la viste cruzar, si frenaste, si ibas distraído. Quiero que me digas si pensaste en mi madre o solo en llegar a tu siguiente parada.

Adrián inspiró, clavó la mirada en el suelo.

—No la vi —dijo—. Lo sé, suena a mentira. Pero es así. Venía pendiente del tráfico, de la ruta, de la hora. Cuando la vi ya estaba demasiado cerca. Frené. No bastó.

—¿A cuánta velocidad ibas?

—No lo sé con exactitud.

—Conveniente —replicó Ubaldo—. El registro de velocidad no sirve. La cámara tampoco. El peritaje lo hizo un tipo que está suspendido. Todo perfecto para ti.

—No para mí —dijo Adrián, levantando por fin la cabeza—. ¿Usted cree que es perfecto vivir sabiendo que hay una familia que me odia con razón? ¿Cree que es perfecto ver a mi hija preguntando si me van a encerrar? Nada es perfecto aquí.

Ubaldo lo miró con rabia.

—¿La odiaba? —preguntó—. ¿Odiaba a mi madre por cómo trataba a su hija? ¿La maldecía cuando Sofía llegaba llorando?

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas. Adrián la miró antes de responder.

—Me dolía verla triste —dijo—. La maestra era dura. A veces injusta. Llegué a enfadarme con ella. Pensé en ir a hablarle, en reclamarle. Pero no la odié. Y mucho menos vine manejando para vengarme.

—No tengo forma de comprobarlo —respondió Ubaldo—. Tú dices que no la viste. Tampoco puedo comprobarlo. Todo lo que tengo claro es el cuerpo de mi madre en la calle.

Daniel dio un paso adelante.

—Eso lo tenemos todos —dijo—. Tú, yo, él. Es la única certeza. Todo lo demás son versiones, informes incompletos, suposiciones.

—La diferencia —respondió Ubaldo sin mirarlo— es que ustedes parecen poder vivir con esa incertidumbre. Yo no.

Artemisa habló entonces, con la voz contenida.

—No vivimos con ella, Ubaldo. Peleamos con ella todos los días. Pero la única forma de que esto no termine de destruirnos es aceptar que quizá nunca sabremos toda la verdad. Y aun así, actuar de un modo que podamos soportar.

Ubaldo respiraba con fuerza. Miraba a Adrián como si buscara un gesto que lo empujara definitivamente hacia el odio o hacia algo menos claro. Pero lo que veía era un hombre agotado, no un monstruo. Eso le resultaba insoportable.

—¿Sabes qué es lo que más me arruina? —dijo Ubaldo—. Que no tenga nada definitivo a lo que aferrarme. Que no pueda decir "fue un asesino" ni tampoco "fue

un accidente limpio". Que todo sea este gris repugnante donde nadie es totalmente culpable ni totalmente inocente. A ese gris es al que no soporto.

—Ese gris —respondió Artemisa— es en el que vivimos todos. También mamá, aunque ahora queramos recordarla sin matices.

Adrián cerró los ojos un momento.

—Yo no le pido perdón —dijo—. No me atrevo. Pero sí le digo algo: si pudiera regresar el tiempo, lo daría todo por frenar antes. Por haberla visto. Por no haber subido a ese camión. Eso no cambia nada. Pero es lo más honesto que puedo decir.

Sofía empezó a llorar en silencio. Daniel sintió que se le encogía el corazón. Esa niña era una víctima tan involuntaria como ellos mismos.

—Mira bien, Ubaldo —dijo él—. No estás frente a un simple culpable. Estás frente a alguien que también está roto por lo que pasó. Si ahora decides destruirlo más, no vas a reparar nada en ti. Solo vas a añadir otra ruina.

—Yo no vine a repararme —respondió Ubaldo—. Vine a hacer que algo duela en otro lado.

—Ya duele —dijo Adrián—. Todos los días. No necesito que me lo recuerde.

Ubaldo sintió un vértigo extraño. Durante días había imaginado este encuentro como una escena donde él tendría el control, donde su rabia sería el centro. En cambio, se encontraba en una sala pequeña, con una niña asustada, un hombre que apenas podía sostenerse, un padre que temblaba y una hermana que miraba todo como si estuviera escribiéndolo en algún lugar secreto de su memoria. De pronto comprendió que cualquier gesto suyo se imprimiría en la vida de todos los presentes, incluida la suya.

Se pasó las manos por la cara. Le temblaban.

—No puedo perdonarte —dijo—. Ni hoy ni mañana. No me pidas eso.

—No te lo pido —contestó Adrián—. Solo pido que no me mates. Ni aquí ni en tribunales. Que dejes que el mundo siga su curso, aunque esté mal armado.

Daniel habló con voz baja.

—Hijo, nadie te exige grandeza. Solo que no cruces una línea de la que no puedas volver. Ya sufrimos bastante con lo que no podemos cambiar. No añadas algo que sí depende de ti.

Artemisa añadió:

—La justicia está llena de fallas. Lo sé mejor que nadie ahora. El perdón está lleno de dudas. Pero la venganza tiene algo clarísimo: convierte tu dolor en daño para otros. Y esa herida se abre en cadena.

Ubaldo miró a Sofía de nuevo. Ella lo sostenía con los ojos húmedos, sin entender del todo quién era ese joven que se debatía frente a su padre, pero sintiendo que de él dependía que su pequeña vida siguiera como era o se quebrara.

La mano de Ubaldo se cerró en un puño. Podía golpear la mesa, empujar a Adrián, gritarle, amenazarlo. Podía convertir la escena en el desenlace

violento que su dolor reclamaba. Sin embargo, algo se aflojó dentro de él, no como un perdón luminoso,

sino como una fatiga brutal. Estaba cansado de odiar. Cansado de no dormir. Cansado de imaginar mil formas de castigo sin que ninguna le devolviera a Cornelia.

—No te perdono —repitió—. Pero tampoco voy a hacer aquí lo que he estado pensando. No porque tú lo merezcas, sino porque yo no quiero cargar con eso además de todo lo demás.

Adrián bajó la cabeza.

—Eso es más de lo que esperaba —murmuró.

La sala se quedó en silencio. No había redención, no había absolución, no había justicia clara. Solo tres personas de pie, una niña sentada y el fantasma de una mujer ausente presidiendo todo.

Ubaldo se volvió hacia la puerta.

—No sé qué voy a hacer con lo que siento —dijo—. Pero hoy no voy a resolverlo con tus huesos.

Salió sin esperar respuesta. Artemisa lo siguió unos pasos después. Daniel se quedó un momento más, mirando a Adrián y a Sofía. No sabía si aquello podía llamarse perdón. Tal vez era otra cosa: una renuncia, una tregua precaria, un intento de no seguir sumando destrucción.

Al abandonar la casa, Daniel alcanzó a ver a Ubaldo unos metros adelante, caminando sin la rigidez con la que había llegado. Artemisa lo miró de reojo. No había paz en su rostro, pero sí una especie de alivio tenso, como el de quien ha evitado, por muy poco, que un coche caiga al precipicio.

Nadie salió de allí con respuestas absolutas. La culpabilidad de Adrián seguiría siendo un terreno gris, la justicia continuaría su marcha lenta y defectuosa, y el perdón apenas comenzaría a insinuarse en gestos mínimos. Pero ese día, en esa sala pequeña de una colonia cualquiera, los tres caminos se habían cruzado lo suficiente como para dejar una única verdad compartida: lo que cada uno hiciera a partir de entonces con su dolor sería, en adelante, su verdadera responsabilidad.

EPÍLOGO

PERDÓN Y JUSTICIA… NO VENGANZA

La tarde caía lentamente sobre Monterrey, con una luz tibia que parecía no querer rendirse del todo ante la llegada de la noche. Era un atardecer indeciso, como si el cielo necesitara un último momento para reflexionar antes de oscurecerse por completo. En la colonia modesta donde vivía Adrián, la vida comenzaba a recuperar la normalidad cotidiana: se oían voces lejanas de niños jugando, el ladrido de un perro, el golpeteo de una ventana mal ajustada. Nada en esa escena anunciaba que, apenas unas horas antes, la casa había sido escenario de un encuentro que pudo haber terminado con una tragedia más profunda que la que lo originó.

Ubaldo caminaba por la banqueta sin rumbo claro, aunque sus pasos lo alejaban lentamente de la casa azul. No tenía prisa. Tampoco tenía un destino. La adrenalina que lo había movido toda la mañana se le había desvanecido como si le hubieran drenado la sangre, dejándolo con una mezcla de cansancio y desconcierto. Había imaginado mil veces aquel

momento: la puerta abriéndose, el hombre frente a él,

una confrontación brutal, un castigo directo, una especie de justicia personal que cerrara el ciclo del dolor. En sus fantasías más intensas, había logrado destruir a Adrián con palabras o con golpes, obligarlo a admitir una culpa más grande de la que quizá tenía. Pero nada de eso había ocurrido. La realidad había sido otra: un hombre vulnerable, una niña llorando, su propio padre sosteniéndole la mirada, Artemisa suplicando con sus ojos que no se perdiera.

El peso de esa realidad lo abrumaba más que cualquier impulso de venganza. Sentía dentro del pecho algo parecido a la resaca moral, una mezcla de vergüenza y alivio que no sabía cómo procesar. No se sentía un héroe. Tampoco un cobarde. Solo un hombre exhausto que había estado a punto de convertirse en algo que no reconocería al día siguiente. Cada paso que daba lo llevaba más lejos del borde. Y aun así, el vacío seguía allí.

Se detuvo en la esquina. La ciudad seguía moviéndose, ajena completamente a su tempestad interna. Un camión pasó a unos metros, idéntico al que había conducido Adrián el día del accidente. El golpe de su motor lo atravesó como un recuerdo físico. Durante un instante, tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo para no ceder a un nuevo arranque de furia. Cuando los abrió, vio a Daniel acercarse desde la distancia.

Su padre caminaba sin prisa, como si supiera que no podía empujarlo ni presionarlo. Llegó hasta él y se detuvo a su lado. No habló. No hizo ningún gesto heroico. Solo estuvo ahí, compartiendo el mismo silencio.

—No sé qué hacer con esto —dijo Ubaldo al fin.
Daniel asintió.

—Nadie lo sabe al principio.

—No me siento mejor —añadió Ubaldo—. Tampoco peor. Es como si todo hubiera quedado suspendido.

—La mayoría de las decisiones importantes son así —respondió su padre—. No cierran nada. Solo evitan que algo se rompa más.

Ubaldo se frotó la frente.

—No lo perdono.

—Nadie te pidió que lo hicieras.

—Pero tampoco lo lastimé. Y no sé si eso significa algo, o si solo fui un cobarde. Daniel suspiró.

—Hijo… a veces la valentía no se parece a lo que imaginamos. A veces es simplemente no hacer lo que el dolor te exige que hagas.

Ubaldo bajó la mirada. No sabía si esas palabras le ayudaban o le dolían. Quizá ambas cosas.

A unos metros, Artemisa salió de la casa de Adrián. Caminaba despacio, pensativa, como si su mente siguiera analizando cada palabra, cada gesto. Cuando llegó junto a ellos, no habló de inmediato. Miró primero a Ubaldo, luego a Daniel.

—Él y Sofía están tranquilos —dijo finalmente—. O lo más tranquilos que se puede estar después de todo.

—¿Te dijeron algo más? —preguntó Daniel.

—No. Solo agradecieron. No un perdón. No una absolución. Solo… agradecieron. Ubaldo sintió un nudo en la garganta.

—¿Y tú? —le preguntó a su hermana, quizá sin querer.

Artemisa lo miró con ternura. No la ternura maternal de Cornelia, sino una ternura adulta, consciente, sólida.

—Yo creo en la justicia —respondió—. Pero hoy entendí algo que no había visto antes.

—¿Qué cosa? Artemisa respiró hondo.

—Que la justicia no siempre tiene la última palabra. Que hay cosas que la ley no puede ordenar ni reparar. Que hay dolores que no tienen forma jurídica. Y que hay momentos en los que solo queda decidir qué clase de personas queremos ser frente a lo que no podemos resolver.

Ubaldo tragó saliva.

—¿Y tú qué decidiste? Artemisa sonrió levemente.

—Decidí que no quiero vivir con odio. No porque él lo merezca. Sino porque yo lo necesito.

Las palabras resonaron en el aire como una verdad profunda. Daniel sintió un alivio extraño al escucharlas. Como si, por primera vez desde la muerte de Cornelia, su familia estuviera entendiendo algo que no venía de la razón, sino del corazón.

—No sé si yo pueda —dijo Ubaldo—. No ahora.

—Nadie dijo que fuera ahora —respondió Daniel—. El perdón no es un puente que se cruza corriendo. A veces es solo mirar hacia el otro lado sin escupir.

Ubaldo rio sin humor.

—Entonces hoy crucé medio centímetro.

—Es suficiente para empezar —dijo Artemisa.

Los tres quedaron en silencio un momento, viendo cómo el sol se deslizaba detrás de los edificios y teñía las fachadas de naranja y cobre. Era un silencio distinto al de antes: no había tensión, no había palabras que temer, no había violencia suspendida en el aire. Era un silencio que dejaba espacio para algo más.

Artemisa fue la primera en decirlo.

—Mamá estaría orgullosa. Daniel bajó la cabeza.

—¿De qué parte? —preguntó con voz ronca.

—De todas —dijo Artemisa—. Del hijo que no se dejó transformar en un verdugo. Del esposo que supo entrar a la casa del hombre que lo lastimó. Y de la hija que aprendió que la justicia no siempre es un fallo, sino una

elección.

Ubaldo sintió que los ojos se le humedecían. No lloró, pero estuvo cerca.

—Mamá también era severa —dijo—. Quizá habría dicho que fui débil. Daniel negó con la cabeza.

—No. Ella sabía distinguir el valor real del falso. Tú no fuiste débil. Fuiste humano.

Ubaldo exhaló lentamente. Por primera vez en días, sintió algo parecido a la posibilidad de respirar sin dolor.

—Entonces… ¿qué sigue ahora? —preguntó.
Artemisa respondió sin dudar.

—Seguir. Con todo lo que falta. Con todo lo que duele. Con todo lo que no entendemos.

Daniel completó:

—Y con todo lo que no queremos repetir.

Los tres comenzaron a caminar juntos por la calle, alejándose de la casa azul. No había un destino claro, pero tampoco lo necesitaban. Lo importante era que avanzaban en la misma dirección, aunque cada uno llevara dentro un camino propio.

En la ventana, Sofía los observaba marcharse. No los llamaba. No pedía explicaciones. Solo los veía irse como quien contempla una historia que no termina, sino que cambia de forma. Adrián se acercó a la niña, puso una mano sobre su hombro y la abrazó con suavidad.

—¿Tú crees que ellos van a estar bien? —preguntó la niña.

Adrián no respondió de inmediato. Miró también hacia el camino por donde se habían ido.

—Creo que están empezando a estarlo —dijo al fin. La niña apoyó la cabeza en su costado.

—¿Y nosotros?

Adrián cerró los ojos un momento.

—Nosotros también.

La noche comenzó a caer. La ciudad siguió su curso. Ningún periódico titularía lo ocurrido, ningún juez dictaría sentencia ese día. No habría un documento oficial que dijera quién tenía razón. Pero algo había ocurrido en esa pequeña casa: un hilo de destrucción había sido cortado antes de crecer. Y aunque no había perdón pleno ni justicia absoluta, sí había un gesto moral que trascendía ambos conceptos.

Porque la venganza había quedado atrás, frágil y a punto de resucitar, pero derrotada por un solo instante de humanidad compartida.

Y aunque la justicia seguiría su curso lento, imperfecto y gris, ese día había encontrado un eco en el corazón de quienes la buscaban sin certezas.

No hubo absolución. No hubo castigo.

Solo tres personas que, en lugar de elegir el odio, eligieron mirarse sin destruirse.

Y a veces, en las historias que importan, ese pequeño gesto es todo lo que se necesita para iluminar lo que queda.

—FIN